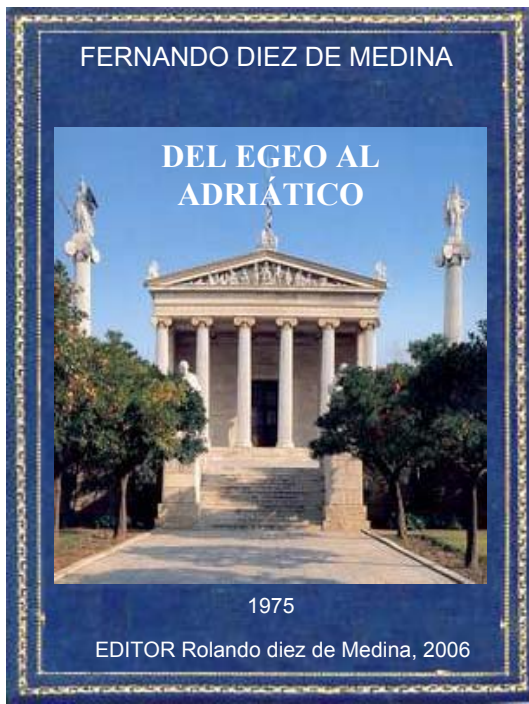




FERNANDO DIEZ DE MEDINA

DEL EGEO AL ADRIÁTICO

Notas de Viaje
a Grecia y
Yugoeslavia

Escrito el año 1975

Primera edición electrónica 2006

*
*

Portada: "AKADIMIA" en Grecia, Atenas

Editor © Rolando Diez de Medina, 2006
La Paz - Bolivia

INDICE

Apuntes de Grecia
Interludio de Roma
Apuntes de Yugoeslavia

* * *

Nada nuevo se diré sobre el inmenso arco que se distiende del Mediterráneo al Tirreno, el Mar de Creta y el Adriático. Se ha dicho tanto... Pero el viajero andino dará su testimonio por vocación interna de expresar lo avizorado.

Mares, paisajes del Cercano Oriente. Regalos del Destino.

Conocer al tiempo crepuscular es conocer mejor. Se absorbe más. El narrador no pretende persuadir: sugiere solamente.

Y rinde reconocimiento al Señor que le concedió realizar sueños de juventud.

Apuntes de Grecia

1

Es tanto lo leído, lo estudiado, lo captado en imágenes sobre Grecia milenaria y fulgurante que la imaginación podría superponerse a la realidad. Pero el soñador sabe que el mundo inagotable, las ruinas inmóviles, los parajes animados, todo cuanto vibra bajo el sol reserva siempre un alfabeto inédito al viajero ansioso de saber y de expresar lo vivido.

Para el europeo como para el lejano andino recluso en sus montañas de nieve, el viaje, el viaje a Grecia es un deslumbramiento.

Los libros de historia del arte con su suntuosidad gráfica y las crónicas viajeras de clásicos y modernos dieron una imagen tan vívida y esplendorosa de la patria de Homero, que suena a osada tratar de competir con ellos.

Basten, pues, simples notas fugitivas, al modo impresionista, para evocar la estadía en el país de los mármoles insignes.

2

Un mundo que los hombres no descubrieron todavía: el sobre-techo de las nubes por encima de los diez mil metros. Nada más bello, sugestivo —cambiante y sorpresivo a la vez — que ese lento desfile de caravanas, ciudades, castillos, torres fantásticas, palacios inverosímiles, ejércitos impávidos flanqueados por vacíos vertiginosos. La imaginación se queda corta, paraliza: ¿de dónde brota esta enérgica profusión de las formas en olas incontenibles de persuasiva afirmación Música esculpida; no cansa porque siendo igual es siempre diferente.

Este mundo inédito de las nubes en la estratosfera irrumpe y nos penetra tan agudamente que no alcanzaremos a retenerlo para una cabal descripción posterior, porque a un oleaje de volúmenes sucede otros, otro, y otro... Y el avión va dejando atrás estas comarcas maravillosas, efímeras, que no bien percibidas son reemplazadas por otras de no menor belleza y punzante movilidad. Estas nubes del alto cielo, como el fondo del mar, custodian reinos desconocidos.

Dichoso aquel a quien fue otorgado asomarse al borde del gran país misterioso de la altitud nubosa, dominio de las formas en constante devenir. Así entendía Schelling la filosofía y Novalis los juegos ondulantes de la búsqueda poética. Acaso el más rico estímulo de novedad y variedad para la mente. Reino de la Fantasía. Mundo vedado a los bobos que leen, conversan o dormitan en la cabina del "jet", ajenos al prodigio vivo que los circunda, esa teoría de algodones que finge un recinto abismal de almas. Azúcares cristalinos. O un continente de materias desaparecidas que retornan.

3

De pronto sobre un cúmulo de nubes soberbias, hermosamente redondeadas brota una figurilla con traje color granate que hace señas con los brazos en alto. Alejada y diminuta yo la veo sin embargo próxima. Dice tantas cosas sin palabras, con su sola presencia... Las aspas de sus brazos trazan un lenguaje enigmático que yo dócilmente, claro que nadie ve: únicamente yo. Es tan clara, vívida como una estrella, fulgura en una tierna cercanía. Pasa de una nube a otras en un traslado incomprensible, como si no quisiera abandonarme. Se acercan se aleja, regresa, da un nuevo sentido de amor al mundo majestuoso de las nubes. Sigue mucho tiempo al avión. O sea que yo salgo a su encuentro y ambos flotamos en el blanco mar de nimbos, cúmulos y estratos. ¡Tan pequeña y señorea la vastedad nubosa! Deslumbra a mis ojos, manda en mi corazón. Es el Hada de los Viajes Aéreos que sólo visita al fiel amador. Sé su nombre, conozco su rostro: lo guardo para mí.

4

Nuevamente en el universo estratosférico. No es algo gratuito, algo porque si. No una acumulación de masas sin sentido. Nada que acuse dispersión. Antes bien: esta inmensa presencia nívea que cubre los horizontes y se abre en profundidades grises hacia abajo, compuesta de perfiles ceñidos y curvaturas prodigiosas, parece obedecer a una oculta geometría:

todo se articula en fenomenal disposición. Cada línea cumple una función, cada sombra tiene su sentido, cada ritmo evoluciona mágicamente, cada forma ensalza debidamente con la próxima y a su vez se relaciona con otras más lejanas. Dijérase un orbe de seres y de volúmenes ordenado en contornos libres, sueltos, que no obstante se agrupan y disuelven disciplinadamente.

Miras, miras... y bruscamente crees sorprender la trama interior de la naturaleza: todo se ordena y se dispersa en el natural concierto de las formas, sin detener su movimiento; y aun aquello que aparenta más disconforme y solitario cumple en verdad una función determinada rigurosamente enlazada a otras que la relieves misteriosamente.

El mundo de las nubes, allá, muy por encima de la tierra, excede toda fantasía. Es la fábrica mágica que anuncia otros invisible y mayores escenarios. Materia de un libro.

5

Atenas: ciudad ideal, moderna mas sin rascacielos ni tráfico endemoniado.

Mediodía. La cruel luz solar lo revela todo: heridas, mutilaciones, agravios del tiempo y de los hombres a las piedras venerables que surgen como islotes en la extensión urbana. Nada típico. Las gentes como otras de Europa. No se puede distinguir, al primer impacto qué es, en el griego actual, lo apolíneo y lo dionisíaco según la genial dicotomía nietzscheana.

Pienso en Cavafis, y en el autor de la Carta al Greco.

Decadencia de la Hélade que hoy no puede, ni en forma mínima, repetir las proezas guerreras ni de creación estética de los antepasados es el juicio de algunos. Tampoco los egipcios actuales delatan el esplendor faraónico. Ni nuestros kollas e incas renacen en los aimaras y quechuas que ignoran los imperios regulares del pasado andino.

Es que razas, pueblos, naciones tienen su cenit y su declinación. Pero Grecia inmortal, en sus ruinas y en su literatura magistral, sigue siendo maestra del mundo si el viajero tienen la avidez de conocer y aprender de la primera civilización solar que irradió su ciencia y sus artes para la sucesión de las generaciones.

6

Primera visita a la Acrópolis. No siento el deslumbramiento de Renán. Absorto el doble impacto del ideal de pureza clásica de Winckelmann y de Goethe, y del soplo trágico de Esquilo a Nietzsche. Mármoles ilustres, un tiempo erguidos en majestad y en belleza: ¿pero quien sabe la carga de dolor y sacrificio que los levantó y los derribó. Pesadumbre y júbilo del mundo en el laberinto de las piedras caídas. Altivas columnas desafían al tiempo. La teoría de las ruinas sagradas se dispersa en movable geometría: Propíleos, Museo Nuevo, Erectheion, Templo de la Victoria Aptera, el Partenón. Al pie del promontorio los teatros de Herodes Atico y de Dionisos que comunicaban por el gran Pórtico Ecuménico.

En perspectiva aérea la Acrópolis es atterradoramente desnuda. Tierra vejada por los siglos, arquitectura ultrajada por los hombres. Los Propíleos y el Partenón sobrenadan como navíos desarbolados en el acantilado de áspero dibujo.

El impacto inicial del conjunto se resuelve en tristeza y desolación. Lentamente el hacinamiento de piedras plorantes que se desgarran en declinante grandeza, va cobrando nuevas formas. 2500 años de mitos, leyendas e historia insuflan cambiante animación al recinto. Heráclito y Sófocles, Homero y Píndaro: toda la gloria de Hélade inmortal anima y como restituye a su primitivo esplendor los mármoles insignes. Aquí la historia es narración mítica, el mito realidad humana. Acrópolis: estrella del día.

7

El Partenón: conviene verlo de alguna distancia, haciendo un cierto vacío entre el objeto contemplado y el espectador. Así, colmado el espacio que flota entre ambos una vibración secreta vincula lo que fue con imaginable. Porque son la historia, lo mucho que dijeron las generaciones, la imaginación del que mira, el innato sentido estético los que se ponen a trabajar en la Acrópolis y su templo cimero.

Al mediodía faltan las sombras que ahondan la seducción de las ruinas.

¿Cómo pudieron subsistir siglos fortaleza y templos? Todos consagrados a la Dea de ojos poliados. Fuerza y belleza. Al fin la energía exterior movida por acciones humanas semidestroza el hermoso recinto mas no lo sepulta. Templo y fortaleza ¿no son las dos razones del sentimiento y la voluntad del ser?

Recuerdo al ladronazo de lord Elgin que se llevó a Londres las esculturas de Fidias.

Se puede contemplar largamente y hondamente al Partenón: su lenguaje plástico no tiene término. Habla para siempre.

8

Meditación silenciosa: el Ande rinde tributo a la Hélade sapientísima. Alma y cosmos. Hay una extraña relación entre la columna dórica y el vértice aristado de los nevados seculares. Pienso en Ictino y Calícrates que encerraron en el Partenón la eterna música del templo griego. Recojo los apóstrofes y los alaridos de los guerreros de La Ilíada, las voces proclaman la astucia de Ulises, el valor de Héctor y de Aquiles, me parece entrever la sonrisa fugitiva de la hermosa Briseida, el idilio de Paris y Helena, los quebrantos de rey Agamenón. Bajo este cielo luminoso discurrió la sabiduría de Sócrates y Platón. Los himnos alados de Píndaro enardecían a las multitudes en los campos olímpicos. Es como recoger el rumor de los parlamentos y los coros de la triple irrupción trágica: la esquiliana, la Sófocles, la eurípideana. Y la risa malévola de Aristófanes. Los mármoles rotos se integran y transmutan vidas. Los gigantes fidíacos se agitan junto a las figuras tempestuosas de Scopas y las formas tranquilas de Praxíteles, Zeus y Poseidón fugaron al mar cercano. Pero Atenas Limniada sabia, victoriosa visible a la mente invisible al ojo, símbolo de toda perfección cela mágicamente lo que dejó de ser y sigue siendo todavía.

9

El griego olímpico es una creación de los poetas. El griego apolíneo es el ideal escultórico. El griego dionisiaco es el griego verdadero presentado por el solitario de Sils-María y revivido por Katzanaki en sus novelas y en su monumental "Odisea", gigantesco fresco de milenios.

Cuando se mira pasar a estos hombres y mujeres, graves o alegres, sumidos en el quehacer cotidiano, no es dable relacionarlos con sus legendarios antepasados. Eran de otra estatura y otra fibra. El egipcio, el persa, el griego, el kolla de hoy son sombras del pasado heroico. Hay mucho de europeo y algo oriental en este pueblo joven de los helenos actuales que provienen de las cepas más viejas de la humanidad mediterránea. Pero son distintos.

Lástima ignorar su idioma; es la única forma de conocer bien a las gentes. Sonia les habla en inglés o en italiano y se entiende mejor que yo con ellas. En las tiendas se advierte el interés por vender, la astucia en los ojos, el tono insinuante de las voces. ¿Será el heleno de hoy mejor o peor que el de los antiguos tiempos y en relación a otras razas europeas?

10

Otra vez en la Acrópolis. De las perspectivas rigurosas, de las columnas mútilas, brota la "paideia" que cautivó a Buckhardt, a Jaeger, a Lasky. Entonces el melancólico paraje trágicamente desolado se carga de historia y hermosura. Una escondida geometría, que completará lo abolido, se abre paso en la mente cavilosa: el soñador que interroga a los Dioses que los Dioses le responderán.

Para un razonar equilibrio aquí se concentra y espiritualiza la historia del mundo.

Acrópolis: más atractiva tomando cierta distancia. Y el Partenón según las luces del día y el ánimo del espectador siempre joven de sugerencias estéticas. Asombra, aflige y remanece caminar sobre piedras inmemoriales que desgastaron los años y los hombres.

Atenea Poliada es hoy la imaginación; ayer la inteligencia creadora y el genio que manda y organiza. Nadie los expresó mejor que Fidias, Ictinos y Pericles.

¿No viste como se erguía esa columna tallada por la mano ruda del dorio? ¿Ni el esplendor del templo perfectísimo que recortaban su perfil intacto en un crepúsculo de púrpura? No calzaste sandalia de franjas áureas para acercarte a la virgen samia que abandonaba a la Niké protectora de los amantes?

Pitágoras refiere que existe la transmigración de las almas, vidas que se suceden en vidas. El moderno sonríe escéptico, pero el poeta piensa en la anamnesis platónica: la memoria dueña del mundo y del tiempo puede revivirlo todo. Porque hay instantes vertiginosos en los cuales la Acrópolis transforma al peregrino en habitante de su enigma.

11

Monte Licabethos: una colina empinada que domina la ciudad. Subimos en funicular. Al poner pie en el cerro se abre un soberbio panorama circular: la ciudad de plácida horizontalidad, graciosas colinas, navíos en el mar. Una iglesita ortodoxa da la nota de piedad. Se divisa algunos yacimientos arqueológicos. El promontorio de la Acrópolis, cien metros más abajo finge una isla en medio de la ciudad oceánica. De pronto, en un rayo del pensamiento, descubro un paraje entrevisto hace mucho tiempo en sueños. Los arborescentes atenienses esmaltan el paisaje. Por las mañanas, visto desde la terraza del hotel, el monte Licabethos se vuelve un compañero visual. Dialogamos. Óptimos los días iniciales en Atenas. Y Atenas, como María, se deja amar desde el primer encuentro. Porque es menos que una urbe y más que una ciudad cualquiera. Sus rasgos finos, tranquilos, invitan al reposo. Aquí se vive libre del torbellino de las megalópolis. Ni turbamultas ni atoramientos del tráfico. Un ritmo sosegado de existencia.

12

Plaza Syndagma o Plaza Constitución. Es única, paradójica, rica de movimiento y sin embargo posee sitios recogidos bajo los árboles. Mesas al aire libre donde se almuerza. Después de largas caminatas por ruinas y museos, Syndagma nos acoge amistosamente. Se disfruta la dicha tranquila de una hora desasida de preocupaciones. María, vestida de blanco, sonríe desde una silla próxima; sólo yo la veo. La plaza apacible irradia vagas sugerencias: tiene una movilidad interior que sobrepasa la rutina urbana. Este lugar sereno, poético, se diría una mujer desconocida que dice con los ojos y la sonrisa seductora.

13

En autobús por la costa del golfo de Salónica; el paisaje se desenvuelve en cinta de maravillosas. Atravesamos las playas de Glyphada, Vougliameni, Phokea. Azul el cielo, azul el mar, azul el alma entusiasta que transita las viejas comarcas del Atica apacible. El suelo pedregoso, con rocas, aridez; cráteres volcánicos apagados hace mucho tiempo. Sobre este fondo de convulsionada geología y tempestades humanas —guerras, invasiones, fuego y destrucción— se eslabonan hoy los parajes más risueños que se puede concebir. Por donde vaya la mira los paisajes helénicos brindan una particular majestad y novedad: todo trasciende a belleza inédita y sorpresa.

El templo de Posesión destruido por los persas sólo ostenta pocas columnas que resaltan poderosamente sobre el telón de cobalto que las perfila. Fastidia el mosconeo turístico. Si uno puede abstenerse verifica que las ruinas son más atrayentes: fueron antes un períptero con 6 columnas frontales y 13 por flancos. La Acrópolis y el Templo de Sunión se erigieron sobre los restos de un santuario arcaico.

Como el kolla del Ande Boliviano, el griego del tiempo heroico quiso dominar desde la altura el espacio geográfico y embellecer su residencia. Sólo que aquí el clima benigno y los mármoles insignes florecieron en perfecta simbiosis; y allí la grandeza de las Cordilleras y las piedras severas generaron comarca y hombres de ruda variedad.

Cabo Sunión, distanciado del tumulto ateniense, posee la magia de lo desconocido — solitario.

Austera belleza del convenio bizantino en Daphni. La liturgia ortodoxa expresa en mosaico la grandeza del Señor. Un grande y severo Cristo Pantocrator en la cúpula. En el horizonte se con tornean la bahía de Eleusis y la isla de Salamina. Discreta vegetación en el paraje abandonado. La construcción sencilla, las celdas estrechas. Una dulce melancolía se desprende de este retiro arcádico y conventual.

Los Misterios de Eleusis. Se ha leído e imaginado tanto acerca de ellos... El santuario fundado por el rey-sacerdote Eumolpes albergaba el culto a Demeter, la Gran Madre y a Koré, la Joven Diosa. Misterios inviolables porque nadie ha dado con su verdadera significación que se dispersa en numerosas interpretaciones. Se presume que simbolizaban el duelo de la naturaleza por la muerte de la vegetación y su reaparición después de la siembra.

Plutarco apunta atisbos centelleantes. Otros piensan en una doctrina moral-cosmogónica que unía el destino humano a los fenómenos naturales. Se escrutaba los arcanos de Vida y Muerte. Shuré habla de una purificación de los mortales. Gernet piensa en un sondeo para revelar los enigmas del Más Allá. Se han dado tantas y tan diversas interpretaciones... Parece que la liturgia envolvía el culto chtónico —subterráneo o profundo en sentido de amor a la Tierra— con danzas, cantos y representaciones dramáticas. ¿Era, realmente, un drama sacro? Acaso el viaje del alma traspuesto al mundo vivo, que se efectuaba por caminos subterráneos. Estas ideas acuden al visitante.

¿Cuál es el origen: misterios dionisiacos, misterios órficos, misterios naturales, misterios eleusinos?

Lo singular del caso que no se halla en otros cultos religiosos: el sacerdote eleusino —hierofante mas bien— impartía enseñanzas y adoctrinaba al creyente pero éste, a su vez, podía dar vuelo a su fantasía y agregar a lo entrevisto o sugerido cosas de su propia ideación. Esta extraña unión del dogma con la imaginación es lo más revelador de la liturgia eleusina.

Se discrepa si nacieron en la isla de ese nombre o en la misma Atenas. Visitamos las ruinas atenienses. Conjunto imponente de construcciones varias veces destruídas por el tiempo, la naturaleza y las guerras. Recorremos los cimientos del Templo de Artemisa; los grandes y pequeños Propíleos; el Telesterion donde se reunían los mistagogos; el Pritaneo; la vía Procesional; el Arco de Triunfo; la Muralla de Licurgo; una Acrópolis devastada y el Museo con fragmentos de estatuas y cerámica del santuario. Nos convertimos en eleusiacos: aquí si que hay que poner mucho de razón y fantasía para reconstituir mucho de lo poco que se ve. Hay que adivinar lo que sería la ciudadela sacra.

Lo histórico se superpone en capas sucesivas. Por aquí pasaron pelagos, aqueos, dorios, atenienses, macedonios y cuántos más. También el emperador romano dejó su huella; una estatua de su favorito Antonio lo acredita. El santuario clásico de Pisístrato fue reconstituido sobre los restos de otro santuario primitivo de origen desconocido. Una cabeza colosal de cariátide mira con sus ojos inmóviles. Los grandes bloques marmóreos se dispersan en colosal confusión: esta fábrica habitable sufrió las convulsiones de la naturaleza y del guerrear humano. Por suerte no hay hileras de turistas; podemos meditar tranquilos.

Como parsis y esenios los mistagogos de Eleusis pusieron pureza física y espiritual como antesala necesaria para acercarse a la divinidad. En lo esencial el mayor Santuario de los Helenos guarda sus arcanos.

Sonia joven animosa, sale de las ruinas asombrada. Yo vuelvo a la realidad del mundo extrañamente conmovido. En el Tiwanaku andino —lo expresé hace mucho tiempo— su belleza es su misterio. En Eleusis existen tantas verdades presuntas, tales significaciones acumuladas, que el enigma se ha convertido en fábrica intelectual. Todo es posible en el torbellino de las ideaciones.

Anamnesis, transmigración, reencarnaciones... ¿Qué será? Sacerdote o epopta ha sentido el estremecimiento sagrado del antiguo oficiante que se hundía en la tierra a la búsqueda del camino misterioso que conduce al Espíritu del Mundo y lo proyecta al Más Allá, envolviendo la ruta purificadora en rituales mágicos y arquitecturas intrincadas como para velar la marcha hacia el arcano.

“Todo está en nosotros” — pensaba Hölderlin. Pero el hombre sigue buscándose en el laberinto de la exterioridad.

Y Eleusis sugiere que aunque el alma pueda intuir muchas cosas del plural y vastísimo universo, existen muchísimas otras que jamás alcanzará y que seguirán inquietando a los buscadores de verdad y de belleza.

Es tanto escaso lo que el ojo capta en Eleusis y tan grande y revelador lo que sugiere la palabra sacra.

16

Almuerzo en Turcolimanos. Sonia se marcha a pedir las viandas. Quedo solo. Veleros inmóviles. Quieta el agua, mando el cielo en un cielo que azulan las distancias. El áureo sol que amaron Píndaro y Menandro. La mañana serenísima invita al descanso, y a los pensamientos poéticos. Lentamente el paisaje se va transfigurando en un reino encantado que no es de este mundo. ¿Segundos minutos, horas? El goce de vivir aletea en el aire. Otro cielo, otro mar, otros veleros, otra luz dorada que se mece en el agua. También yo era otro trasfundido a un tiempo perimido. Me sentí traspasado por la dicha que no se puede expresar en palabras. Sólo faltaba María para ahondar esa placidez mística o edénica. Fue algo dilatado y brevísimo a la vez. La voz sonora para mí en lengua incomprensible del patrón griego, de copiosos mostachos, me arrancó del sueño despierto. Luego un pescado, un vino inefable. Grata conversación con la hija amada. La permanencia extasiada en Turcolimanos no será olvidada. Después una paseo por el bullicioso Pireo, perderse por callejas pintorescas y encumbradas. La transición es fuerte. Turcolimanos se desvanece en la agitación portuaria.

17

Un caso raro, digno de ser narrado. El calor no deja dormir. Pasaba la medianoche, ruidos intermitentes en el cuarto vecino del hotel con fuertes salidas de agua. Sonia despierta sobresaltada. Soportamos los ruidos unos diez minutos. Luego damos los clásicos zapatazos en el muro. Los nuevos ruidos a los que yo agrego algunos insultos. La bulla prosigue. Me visto y bajo a la consejería a interponer queja: que hagan callar al escandaloso. Un empleado me acompaña. Golpeamos la puerta del cuarto vecino: los ruidos siguen igual: nadie. El empleado llama al inspector de turno y todos tres, utilizando una leve entramos a la habitación del alborotador. Un gringo —inglés o yanqui— setentón, totalmente ebrio, despeinado, en pijama corre desalado del año a su cama tratando de apaciguar el colchón que se encendía; la salida brusca del agua y sus carreras producían los ruidos. Aparte del cómico espectáculo del infeliz, dos detalles trágicos: pretender apagar con un vaso de agua el incendio naciente y ver como las llamas crecían en medio de humo denso. Si tardábamos algo más el incendio pudo propagarse a todo el edificio del “Atenía Palace”. Lo más divertido es que el gringo decía señalando un cigarrillo a medio consumir: “Ha sido él, no he sido yo.” Frente a la cama, en una mesita, dos botellas vacías de whisky y dos ceniceros repletos de colillas de cigarrillos atestiguaban que se puede ser buen bebedor y mal bombero. “Si no es usted —acota el empleado del hotel, éste señor nos quema el establecimiento, pues pretendía dominar el incendio con un vaso de agua.”

18

Sueño con María. Estaba por ir al cine. Volvía a casa para sacar el abrigo y encontré el jardín cambiado: los recortados en exceso, ya no protegían el muro de la casa. Reclamé y apareció mi mujer vestida al modo helénico: el largo peplo, un cinturón azul y el cabello recogido en rodete armonioso.

—Yo lo hice —aclaró.

El disgusto se disolvió al instante.

—Si tu lo hiciste está bien —contesté.

Ella me miraba confusa y encantadora a la vez.

—Temía que no volvieras...

—¿Cómo pudiste pensarlo? Ahora mismo ya no quiero salir; sólo deseo estar junto a ti.

Ella me contemplaba tierna, soñadora:

—Las mujeres siempre pensamos que los hombres se cansan de nosotros y prefieren estar solos, libres.

—Es infundado. Nada es mejor que estar a tu lado.

La alcancé. Nos besamos. Éramos dichosos.

Beatriz jugaba con “Trucutú”. Sonia sonreía misteriosamente. Rolando murmuraba: “Ya ves que el pasado vuelve; nada se pierde.” Todo se organizaba admirablemente. Era día de fiesta familiar: había que preparar la mesa y té para muchos.

—No quiero que te canses —dije a María— todos te ayudaremos.

Siguió un largo diálogo feliz como en los antiguos tiempos.

Me volví para coger algo y al retornar a la primitiva posición Ella se alejaba por un sendero que conducía a un templo griego. Hice además de seguirla.

—No puedes ir —dijo Sonia con tristeza— es Hebe, la diosa de la Juventud.

Quedé desolado, perplejo. Y María —Hebe se alejaba lentamente volteando el rostro de ojos oscuros que ponían resplandores mágicos en el paisaje. La memoria onírica me la devolvía diosa y mujer como la encontré cuando yo tenía 20 años.

19

Juegos de luz y sonido en la colina del Pnyx efectos lumínicos que relievan las ruinas en toques relampagueantes. Los ví mejores en Tívoli, en Italia. Atenas fosforecía. El Licabethos y la Acrópolis deslumbrantes pero sin variaciones de enfoques ni cambio de ángulo visual. Faltaba movimiento. Alcé la vista al cielo oscuro y dialogué con la Estrella-María que jamás me abandona. Ese misterioso y movable punto de oro ¿comunica con la Eternidad? ¿O brota de mí mismo para evocar nuestro origen sideral? El cielo vibraba como queriendo hablar, más sugestivo que el espectáculo humano. Después danzas folklóricas en la colina Filipoulos. Interesantes. Riqueza rítmica, exotismo de trajes y colores. Buenos bailarines; y algo que no se ve en otras partes: hombres y mujeres de edad madura alternando con gente joven. Después de algunos minutos el espectáculo adolece de monotonía. También esto ocurre, y en mayor grado, en nuestros altiplanos.

20

Hermosísimo el Jardín Botánico.

21

En dos horas de visita no se puede recordar ni describir todo lo entrevisto en el Museo Nacional. Sobresale la Sala Micénica. Una estatua muy bella, sugestiva, de Afrodita rechazando a Pan: si pudiera transportarla al relato literario... Fabulosa exposición de cerámicas de distintas épocas.

22

Ruinas del gigantesco Templo de Zeus Olímpico: sólo 17 columnas colosales en pie, pero se puede calcular las dimensiones del enorme recinto. Lo erigieron los Pisistrátidas y Antíoco IV,

lo entregó el emperador Adriano, mas quedó inacabado. Fue un sueño excesivo. Se levanta en plena ciudad. Por su grandeza de proporciones debió ser arquitectónicamente lo más imponente, un mixto de la armonía helénica con la monumentalidad romana. Rompe los cánones clásicos, pues tiene algo de la inmensidad egipcia y del colosalismo sumerio. No es la ruina más bella ni la más perfecta pero sí la más agobiadora.

23

Los museos Berki y Bizantino cerrados: no los conoceremos. Volveremos al Jardín Botánico. Arboledas, senderos, bosque, profusión de plantas y flores. Plazoletas y lagos acogedores. El visitante se sumerge en la naturaleza que se prodiga en ondas de cálida efusión. ¿Porqué Tellus, materna, se organiza tan armoniosamente y los hombres se enfrentan tan indisciplinados?

Compras en Atenas: libros, discos, ropa para Sonia. Cosas para los nietecitos. Visitamos tres librerías: todo en griego, algo en inglés e italiano. Adquiero un pequeño libro de Teilhard de Chardin y un tomito de un poeta chino; ambos en francés.

Al día siguiente, para completar las compras y adquirir recuerdos de Atenas, entramos a una tienda más amplia que las anteriores. El dueño ni nos mira: sigue fumando, pensando. Nos atiende una dependienta no muy solícita. "Turistas —pensará— estos miran y dejan centavo." Compramos algunos objetos. El dueño nos mira y mira las cosas que adquirimos; posiblemente andaríamos por los diez dólares. Algo después Sonia se aficiona de unas blusas típicas muy vistosas; adquirimos varias y esto hace subir el gasto a veinte dólares. El patrón abandona su gesto indiferente y se acerca silla en mano a Sonia: "sea cómoda". Seguimos viendo otras cosas. Mi hija examina unos anillos de oro primorosamente engastados. Aparece la astucia del comerciante en los ojos del dueño; leo en sus ojos el cálculo rápido: "estos van a dejar más de cincuenta dólares en mi bolsillo." Entonces da una palmada, sale un chico. El patrón ordena: "una silla para el señor y dos cafés bien calientes." Seguidamente se desborda en su locuacidad oriental. Es otro hombre del que vimos al ingresar a su tienda. Quiere saber de dónde venimos, cómo es Bolivia, nos brinda la tarjeta de la casa, si queremos mercadería al por mayor nos haría un buen descuento, los embarques estarían garantizados y llegaríamos intactos a La Paz. Es un comerciante redomado, sabe mezclar el negocio con la cortesía... si las ventas pasan de diez dólares.

24

Theseion y el Agora. Al fondo el notable Pórtico del rey Atala reconstruido por los norteamericanos. El Theseion es un pequeño templo que conserva todas sus columnas, dedicado a Hephaistos y a Teseo. El Agora, corazón civil de Atenas. Inmensa destrucción; sólo bases, cimientos. Estuvo poblada de edificios: para juicios públicos, juegos atléticos, representaciones teatrales. Dos maquetas de la Acrópolis y del Agora Ateniense dan idea de su magnificencia. Por ellas pasean su insolencia Alcibíades, su sabiduría Sócrates. Nombres, piedras caídas. Allí estaban el Pritaneo, el Tholas, el Beleutherion, el Odeón; por aquí el Gran Pórtico Central, la Biblioteca de Pantainos. Más que ver hay que imaginar. El Pórtico de Atala convertido en museo alberga maravillas. El Metroon o Archivo, estatus, bustos, terracotas, ceramios, objetos de uso doméstico, estelas votivas, muchos fragmentos dispersos. Vemos el Clerotarion o máquina para votar. Un cementerio cerámico variadísimo. Otra vez al aire libre.

En la Vía Sacra sobresale el camino de las Panatenaicas. Habitados a la blancura de los mármoles modernos no concebimos lo que cuentan los textos: que los griegos pintaron los suyos de azul, rojo, verde, bermellón. El Agora fue varias veces destruida y reedificada. Galerías porticadas protegían del sol y de la lluvia. La influencia romana modificó el ágora clásica que a su vez transformó la primitiva arquitectura. Planos superpuestos de culturas. Atenas, como todo centro excelso en el mundo antiguo, es una sucesión de civilizaciones: lo arcaico, aqueos dorios, lo clásico, lo helenístico, lo romano. Me pregunto si los helenos de hoy, bastos, indiferentes, visitan las ruinas. Acaso estudiosos y gente culta... pero el demos... La raza actual no tiene la finura ni la fuerza homérica. Es otra cosa. Como nuestros indios actuales carecen de la fiera impulsora de los antiguos kollas. Visión final: la inmensa desolación de los restos del Agora ateniense.

25

El museo Benaki, notable por todo concepto y distinto a los museos occidentales, sobresale en sus secciones orientalistas: Persia, China, Japón, algo de la India. Asombrosa riqueza plástica. Tiene también piezas griegas.

Observación marginal. Atenas, siempre seductora, no es una megalópolis; acaso sea éste su mayor encanto. No aturde, no abruma. Entrega pausadamente sus secretos. La historia y el paisaje conjugan sugerencias, estimulan la fantasía que se despliega reestructuradora e imaginativa.

26

Visita a los teatros de Herodes Atticus y de Dionisos Eleutherios. El primero al pie de la Acrópolis, reconstruí. El segundo totalmente destruido, podía contener 20.000 espectadores. Desde abajo el promontorio olímpico se divisa en escorzo sugestivo. Seguimos al Pórtico de Adriano y al Asclepeion, antaño hermoso templo porticado; hoy sólo ruinas. Quedan algunos amplios asientos de mármol. Primer día de calor 30°, a la sombra. Feas y grandes hormigas. ¿Cómo se elevó el griego de la caverna originaria, de los crueles combates, a la majestad del teatro público? El recitado, los coros alternos, la música, a veces la danza y la influencia catártica de la tragedia estremecían a los espectadores. La representación del combate de las pasiones, azuzado por el Destino, superaba las pueriles explosiones de la multitud en los estadios modernos. Casualmente escuchando a un actor moderno ensayando parlamentos de Sófocles en la soledad del vasto anfiteatro de Herodes Atticus: fue algo prodigioso. El hombre poseía una voz de gran sonoridad, empleaba un lenguaje enérgico y cortante y daba tal énfasis a sus palabras que nos comunicó una corriente eléctrica de religiosidad. Comprendimos que la tragedia clásica debió ser algo más que una mera representación escénica. A qué rigor mágico y expresivo llegaron dramaturgo y actores para enardecerlo al pueblo. Ese hombre solitario que recitaba pasajes trágicos e imprecaba a los dioses lo hacía con voces tan fuertes, tal arrogancia en el gesto, y la pureza con que volaban las frases rítmicas imprimían tal majestad a su discurso, que nos transportó a la época pretérita, como si recogiéramos también la respiración anhelante de millares de seres.

Apena pensar que entre Esquilo y Sófocles compusieron más de 150 tragedias de las que sólo se conservan 13! La “hybris” pasional que debe conducir, por la catarsis, a la “sofrosyne” clásica ¿no fue el gran instrumento educador y deleitador de los helenos? Ver, oír, representar y en gran estilo ¿no sería como vivir dos veces? El teatro sublimó el alma griega, acercó los dioses a los hombres; y aunque Eurípides y Aristófanes lo desmitificaron en su declinar tardío, el Destino, encarnación de los Olímpicos, pervive en la grandeza esquiliana y en la perfección sofoclea. El genio del poeta, la maestría de los actores, la capacidad receptiva del pueblo vibraban en una sola efusión de sentimientos. Porque el sentimiento elevado a la categoría de conflicto dramático es el “pathos” de la tragedia griega.

Soñó el heleno, vivió intensamente y representó sus hechos y sus sueños. Acaso más que Homero, que Fidias o Parménides el poeta trágico interpreta la insondable multiplicidad del alma clásica.

Esas dos cáscaras vacías al pie de la Acrópolis, resumen y subliman el antiguo esplendor de la lengua griega, su fuerza y su vuelo expresivo. Los genios poderosos que lo habitaron hablan todavía. Pero son invisibles. Y quien ignora el idioma de Isócrates no puede medir la grandeza, la riqueza ni la cambiante variedad de esa lengua inmortal.

27

Desde la cima del Himeto: soberbio panorama. Plantas odoríferas, colmenares, bellas arboledas. Dicen que aquí estuvo ubicado a Zeus Ombrios. Pasamos por el Estadio y el Campo de Marte, recintos desolados. Bellísimo, en cambio, el pequeño monasterio de Kaisarian sobre un promontorio de plátanos, pinos y cipreses. El agua surgente brota fresca y murmurante. La iglesita

católica sobre los restos de un templo bizantino, está consagrada a la Virgen María. Posee lindos frescos y un notable Cristo Pantocrator. Austeras celdas monásticas del siglo XI, todo reducido, poético, acogedor. Paraje idílico. Se me antoja que aquí podría situarse una narración dramática.

28

En el monte Filipopoulos: hermosa vista del Pireo, de Atenas, del mar. Se divisa la Acrópolis desde un ángulo excepcional. Licabethos, señorial y altanero mira con desdén.

Segunda visita al Promontorio Magno. Evoco los grandes pensamientos de Renán, Taine, Goethe, Winckelmann, Lawrence, Burckhardt, Von Salis, Hölderlin, Nietzsche, Jaeger, Lesky, Müller, Miller y tantos otros que dijeron maravillas de estas ruinas, sin olvidar a Will Durant. Rememoro, desordenadamente, los juicios insignes. De pronto desecho toda idea adquirida, olvido las enseñanzas ilustres: me imagino un peregrino despojado de todo saber preadquirido: quisiera ver con ojos infantiles, asombrados, el paraje olímpico. Si fuera posible... Pero con vista sabia o con miraje inocente el efecto será siempre mágico. Si al erudito le acuden los cuatro nombres famosos: Ictinos, Fidias, Pericles, Aspasia, al cándido veedor se le antojan colosos inmóviles las columnas dóricas, sagrada la dispersión de los mármoles caídos.

He pensado que tal vez para el profano sea el impacto visual más hondo, porque todo le llega en trance de novedad y descubrimiento.

¿Qué relación extraña liga monte y cultura? Todo saber se empinó sobre la tierra. Templo y monte profundizan la proeza humana. Aun mutilada, derruida, la Acrópolis se ha enseñoreado de las mentes. "Pallas-Athena": ¿qué recinto mejor que éste para la Deidad que aunó ciencia y belleza?

Acosado por el vértigo del vivir actual, siempre agitado y cambiante, es posible que el hombre de hoy está perdiendo el poder de captación, la fina sensibilidad de los viajeros de otros siglos para los cuales Atenas, la Acrópolis, y las ruinas griegas en general fueron centros inductores de meditación y de hermosura, no simples etapas turísticas.

Las ruinas griegas —en particular Partenón y Acrópolis— deben ser vistas en "tempo lento", demorado y repetido; no en el raptó fugitivo del turista apresurado. Deja que miren en ti como tu miras en ellas, ahóndalas, te penetrarán; y sólo cuando la comunicación visual se transfigure en mensaje espiritual podrá absorber el secreto encantamiento de los mármoles pretéritos.

Como ocurre con la illimánica presencia: verlo muchas veces, largamente. Y al extenso frecuentar el Monte Insigne te revelará sus arcanos. Porque la ruina antigua como la montaña venerable sólo se dan en la permanencia meditativa, jamás en el trance acelerado del mirar fugaz.

29

Primer día de navegación en el Egeo. La nave se llama "Stella Maris": ¿Estrella de los Mares, Estrella de María? Nostalgia de la Muy Amada. Sonia, muestra hija, es la compañera ideal: jamás pierde el ánimo, lo enfrenta todo con serenidad. Siempre sonriente, contenta siempre. Muchos turistas, nosotros los únicos sudamericanos. Mala noche por la trepidación de los motores. En la madrugada el mar gris va tendiendo al azul conforme llega el sol. Azul de sueño, más profundo que el cobalto del Mediterráneo. Afirman que haremos la ruta de Ulises; para el héroe griego un trayecto larguísimo —¿meses, años?— para el moderno, pocos días. Antes: todo aventuras, dificultades, enigmas que el hombre debía vencer por sí solo. Ahora: preparado todo, facilidad, el hombre rueda por el mundo, no lo conquista por su esfuerzo. Y lo otro acaso mayor aun: el navegante helénico en su barca de remos veía la naturaleza a través de un velo de belleza y de misterio: sabía soñar, sabía imaginar. Nosotros apenas si la miramos, entretenidos en las divagaciones y los artificios del quehacer contemporáneos. Sólo codiciamos ver más, saber más... y pasar rápidamente, somos ruinosamente fríos, objetivos.

Santorini. Isla sobre el cráter de un gran volcán extinguido. Investigadores y arqueólogo piensan que se trata de picos sobresalientes de la Atlántida sumergida. Inolvidable el ascenso en mulitas por la escapada cuesta: más de 500 escalones. Los guías gritan, manotean, en alarde pintoresco. Desde la cima se despliega un panorama fascinante: la abertura de un volcán próximo, islas, el mar inmenso, barcos, cielo. Una calma serenísima. Extraños juegos de la luz y del color; la magia del azul predominante resalta sobre lo blanco de las casas. Hay un gran comercio artesanal. Llega un barco y Santorini vibra de alegría: ganancia para muchos. El olor a bosta de la subida persiste, luego se desvanece. Es el sitio ideal, remansado para vacaciones. Callejuelas laberínticas, tiendecitas primorosas, techos cupulares, gentes afables pero contenidas. El monte, cortado a pico se hunde en el mar. Poesía y sosiego. Aquí no llega el ritmo vertiginoso de la civilización. Tampoco el escenario homérico. No es Occidente. Si no estuviera teñido por tintes legendarios, el paisaje seguiría siendo atrayente. Adquiero una cruz bizantina para Sonia. Querría conversar con los isleños, conocer su genio, sus costumbres, medir distancia entre el griego genial del siglo V y el griego actual, como también las diferencias entre el hombre de la Plaza Syndagma y el de Santorini... pero hablamos lenguas diferentes. Me resigno a intuir su vitalidad, su astucia, su sapiencia de viejos navegantes y comerciantes.

De abajo, de lo alto, a la distancia o recorriendo sus pisos calcáreos Santorini genera la inquietud mental: ¿qué guarda, qué sepultó, que devolverán las aguas algún día o sólo se trata de imaginaciones de científicos y fantasistas? Extraordinaria la proeza humana. Pasada la tempestad geológica, la especie audaz viene a poblar el corazón petrificado de la catástrofe, y lo transforma en refugio de paz.

Materia de mitos y de sueños en Santorini. La tradición católica se sobrepone al rito bizantino. Detrás de ellos leyendas, cultos reminiscencias de alejandrinos, dorios y aqueos —¿y cuánto más?— que pretenden cubrir los rastros de sumerios y fenicios. Pasaron tantas razas por la isla. ¿Qué vincula Santorini con Atenas o el Pireo? Aparte del idioma, nada. Se diría un pequeño mundo interior, aparte, de ritmo lento y sosegado donde el tiempo se detuvo cien años.

El enigma geológico, el mito platónico, y una quietud edénica en el dramático paisaje: Santorini.

En Creta y en Herakleion. Según Homero la isla de las cien ciudades, Herakleion o Candia tuvo más de 100.000 habitantes. La conquistaron muchos pueblos, los últimos turcos y venecianos. Notabilísimo el Museo Arqueológico en el cual se admira, entre otras maravillas, los restos de la fabulosa cultura cretense en sus tres radiaciones principales: minoicas, ciclades, micénicas. El Palacio de Cnossos, tan divulgado en libros de arte, es impresionante. La ciudad minoica fue la más famosa, aniquilada repetidamente por la naturaleza y por las invasiones. En torno al Gran Palacio existieron villas suntuosas, lindas avenidas, templos, ágoras de esparcimiento, acueductos. En vestimentas, artes plásticas y decoración, lo cretense se aproxima extrañamente a las manifestaciones artísticas de la primera mitad del siglo XX. Se cree que el primer Palacio se erigió 2000 A.C. El Segundo duró tres siglos. Ambos fueron destruidos por terremotos. El Tercero sería el actual, cuyos restos descubrió o re-descubrió Evans. El palacio del Rey Minos fue devastado por dorios y aqueos que consumaron la destrucción plutónica. Es —o era— un laberinto de pisos y planos superpuestos con más de 1300 habitantes. Tal vez fue un Palacio-Ciudadela. Si estudia los planos y se ahonda la contemplación de las ruinas se ve resurgir santuarios, tiendas, playas térreos, patios para ceremonias taurómacas, barrios particulares, avenidas, pórticos. El gran edificio se levanta sobre un promontorio. Escalinatas por todas partes. Carece el recinto de estatuas o se las llevaron, pero abundan frescos y pinturas de vivos colores. La magia colorística de los cretenses, su sentido de la ornamentación, su ciencia arquitectónica, lo que se sabe de sus hábitos y creaciones hablan de una civilización avanzada, refinada. Arqueólogos y estetas la tienen por arquetipo de alta cultura. ¿Fueron los cretenses remate o declinación de culturas anteriores? Los kallas fueron más grandes y más fuertes que los Incas, y más atrás de los kallas están todavía los Antis. Todos tuvieron cima y ocaso. Lo mismo pudo ocurrir con la civilización cretense, que pudo ser sucedánea de culturas mayores sepultadas por los estragos del tiempo y las destrucciones de los hombres.

Extraña mezcla de primitivos y decadentes. Dan la sensación de haber sido muy avanzados en ciertos aspectos, harto refinados; en otros ingenuos, retrasados. Acaso más artistas que guerreros. Unas vasijas colosales para guardar vino, grandes almacenes de víveres. Indicios de un alma cerrada que evitaba contactos con el mundo exterior periférico; acaso por ello fue presa de razas nómadas e invasoras, esos dorios rudos, esos feroces aqueos asaltadores de ciudades y riquezas organizadas. Fragilidad del construir humano y sus creaciones. Duran piedras, árboles, ruinas y paisajes. Genio e ingenio que forjaron tanto esplendor brillan fugaces y desaparecen. La mayoría de las antiguas culturas se perdieron para siempre; sólo algunas dejan huella de su tránsito terreno. Cnossos y su soberbia edificación relativamente mejor conservados que otras ruinas monumentales, acaso porque estuvieron sepultados durante centurias.

32

Si el arte expresa al hombre y sus hechuras, como se sostiene, Creta justifica el presentimiento de continentes y culturas desvanecidos. Sería, acaso el eslabón perdido entre la arcaica cultura griega y las presuntas civilizaciones de Mu, Atlántida, Lemuria y Gondwana.

Cnossos se destaca soberbia, solitaria, entre todas las culturas asiáticas y mediterráneas. Es diferente, porque pertenece a otro tronco étnico que hay que buscar retrocediendo en el tiempo.

Artistas admirables, de potente imaginación y sorprendente inventiva, los cretenses no han sido plenamente evaluados. Detrás de la leyenda del Rey Minos, de sus tauromaquias acrobáticas, de sus ritos subterráneos, de su vida libre y festiva, de sus cámaras sepulcrales, de sus frescos y pinturas de ágiles dibujos y estupendo cromatismo, hay más de cuanto se ha dicho. Quien escruta el alma cretense hallará grandes recompensas.

La ola turística con sus gritos y ademanes perturba: no se puede ver ni menos meditar con calma. Cnossos exige una segunda visita.

Gracia minoica —dice el poeta. Pero también la fuerza micénica. Y los aires renovadores de las Cícladas. ¿No era, Creta, una civilización sincrética que tomó de muchos y se proyectaba a más? Cnossos deja una impresión hondísima de resonantes sugerencias.

Una Cabeza de Toro, admirablemente esculpida, guarda el mito ancestral apenas enunciado. Tampoco se sabe, con precisión, del culto a la Madre. Ni hasta qué punto danzas, procesiones y aun el rito taurófilo esconden la liturgia religiosa.

Creta es el puente entre el pasado pre-helénico y Grecia. Y en ese ligamen de lo muy remoto con lo menos distantes el espíritu alcanzó madurez y refinamiento tales, que atestiguan de una larga evolución de milenios. Cnossos ha devuelto solamente dos o tres capas de las muchas que sepultan su historia de historias.

33

Antes de emprender viaje a la Hélade soñaba con Rodas de los Caballeros y con el nombre de Lindos y su acrópolis. No sé por qué. Acaso presentía que conocerlos profundizaría la experiencia griega.

Atenas y el baluarte partenónico no bordean el mar, Lindos empina su recinto sobre las aguas; y este consorcio de acantilados, rocas, mármoles, ruinas, la fuerza bravía de la naturaleza, la rara perfección de la construcción humana, en medio a mar y cielo de azules cambiantes, acrecienta el prodigio egeo. La roca enseña sus entrañas; tiene algo de brutal y salvaje el paisaje desnudo, pedregoso, de raleados arboledas. Pero si se mira de lo alto la ciudadela cobra otra fisonomía seductora y armoniosa. Cuántas deidades remotas tuvieron refugio en el peñón, largamente consagrado a la dea de la fecundidad: Atenea Lindia, la protectora que trae las lluvias y acelera las cosechas.

Por la campiña abundan limoneros y naranjales, pero aquí, en la fortaleza, si se excluye el collar de casitas blancas en la base, el paisaje se encrespa cubierto de aristas agudas. Subimos por la escalinata monumental tallada en la roca. Murallas y torres confunden huellas de aqueos, lindos bizantinos, romanos, turcos y templarios. La Acrópolis lúbrica tiene mayor intimidad que la

ateniense. No que la excede en grandeza y majestad, pero la cercanía líquida y el distanciamiento de la ciudad le confieren un aire extraño de soledad y de misterio.

El promontorio de Atenas deslumbra. El peñón de Lindos fascina con ternura subyacente. Es una melodía para música de cámara. Se ven menos masas, ruinas, perspectivas; se puede concentrar mejor el pensamiento.

Tiene tal movilidad el perímetro del recinto que siempre brinda ángulos nuevos. Templos y escalinatas se perfilan en escorzos atrevidos, pero si se mira el mar cerúleo y las pequeñas ensenadas roban a las ruinas su prestigio. No existe mar más hermoso que el contemplando desde el peñón de Lindos: un azul de brujería en una gama de matices jamás vista. Breves nubes blancas esmaltan los añiles del cielo que recorta los perfiles de las columnas perfectísimas.

Sonia estudia las ruinas provista de su guía. Yo me entrego a la contemplación sostenida del mar y absorto la variedad cromática indecible de las aguas: turquesa, verde, juegos áureos, tintes violeta, marrones y amarillos, verdiazules, celeste, rosas y púrpuras fugaces y un azul imperial que señorea todo potente, dominante, permitiendo las mudanzas y espejos de colores acaso para destacar mejor su radiante poderío.

Alternamos con tres dioses: el telúrico que se aposenta en el promontorio líndico; el de la belleza arquitectónica que erigió el santuario; el de las aguas que se esfuma en una vastedad que finge ser oceánica y se insinúa vencedor en las riberas de la costa.

Lindos tiene mucho de virgen, de cosa inexplorada. Carece de cargas literarias. Es un sueño que se visualizó en el apartamento de su rocosa eminencia. Invita al moroso mirar y a la meditación de hondura.

Es como un sueño del cual no deseamos despertar...

34

Templarios famosos... ¿Bien o mal comprendidos? El estupendo palacio del Gran Maestre da una sensación de solidez, de permanencia, de fuerza duradera. Aquí el guerrero y el gran vividor se dieron la mano; es que los jefes templarios pensaron alto, realizaron mucho y como en todo engrandecer histórico —¡oh miseria humana!— comenzaron idealista y acabaron plutócratas ávidos.

Es una callejuela con casas de altos muros y rejas sólidas tengo la sensación de que el tiempo se detuvo: ¿por qué estoy aquí, qué me espera? Nada tiene importancia, todo fuga... O permanece todo. Griegos, musulmanes, Caballeros de Rodas, hoy sólo comerciantes y turistas. La morada humana emite vibraciones de voluntades abolidas. Es sólo un segundo, o menos. Luego el buscador fáustico seguirá viendo y absorbiendo.

En Rodas el puerto, el Castillo, las calles medievales, los barcos todo tiene un secreto encanto. Notable el Museo. Y el Monasterio Bizantino. Y los mil hallazgos en las tiendas y rincones de la isla. Cargada de historia, de guerras, de mudanzas sucesivas de jefes y costumbres, Rodas de los Caballeros alienta henchida por una serena belleza inalterable.

Caminante: ve a la isla encantada: quiere entregarse.

35

Un sueño con María más bello que el mar de Lindos...

36

Kusadaki en la costa turca. Puerto, ciudad, campiña atrayentes. Hay cierta solución de continuidad con los escenarios griegos. La guía alta, esbelta, fea pero de magnífico cuerpo. Es otomana. Segura y altanera quiere que todos caminen subordinados a su mando. Me irrita y me complazco en resistirla.

Efeso. Excesivo calor y tenemos que efectuar larga caminata. Mixtión de ruinas: griegas, clásicas, helenísticas, romanas. Las piedras que aun quedan del Pórtico revelan lo que debió ser el Palacio de Adriano, ese gran emperador, ese grande artista todavía poco estudiando. Del monumental Templo de Diana o Artemisa, una de las maravillas de la antigüedad, subsisten sólo los cimientos que permiten imaginar su grandiosa estructura: ¿cómo siendo tan pocos y desprovistos de los actuales medios técnicos y mecánicos de nuestra época, esos helenos pudieron concebir obras tan soberbias?

Diseminadas en un inmenso panteón estatuas, restos de edificaciones, mármoles, columnas mutiladas, capitales caídos. Es un paisaje deslumbrador de grandes vías que antes llevaban al mar. Se piense que Efeso llegó a tener 300.000 habitantes. A pesar del sol abrasador el paseo es subyacente. Por su planta arquitectónica, su admirable emplazamiento y sus muchas riquezas, esta ciudad-santuario debió ser algo digno de verse. Hoy la imaginación debe reconstituir partiendo de lo poco que aun resta. Un inmenso anfiteatro. Aunque Eurípides lo niega, en las postrimerías del período clásico los griegos mantuvieron veneración por sus dioses. Estas ruinas lo atestiguan.

Por el cansancio del paseo —varias horas— no pudimos llegar a la ciudadela de Selyuk ni a la mezquita de Isa Bey, ambas muy renombradas.

Hay que suponer cómo serían la Fuente de Trajano, la biblioteca de Celso, el templo de Serapis, la Arcádica o avenida del Puerto con su pórtico grandioso, el Buleutherion y el Pritaneo; y sumar, todo ello, al hervor de las muchedumbres. Efeso fue un colmenar humano. No muy famoso el Museo Arqueológico, acaso porque sus mejores piezas emigraron. Detestable una estatua de Artimisa de múltiples senos; bellísima, en contraste una pequeña cabeza de Eros, copia de original de Lisipo. La mayor impresión: imaginar cómo sería ese templo de más de un centenar de columnas, largo de 140 metros, siete veces destruido que se cree excedía al Partenón en grandeza y majestad. Estuvo consagrado a la diosa Diana o Artemisa. Invita al Meditar prolongado.

38

Dos pensamientos al volver por la Vía Arcádica.

La música es como la vida del hombre: siempre en fuga.

De las venturas del vivir, ninguna como el amor a la esposa y al hogar; sólo que pocos la disfrutan.

39

Isla de Mykonos. ¿Puede imaginarse algo más encantador que el peñón de Lindos? Mykonos da la respuesta. Cenamos al aire libre: un pescado y un vino inolvidables. Callecitas que se pierden en un dédalo de curvas, ascensos, caídas y rampas descendentes. Recuerda el ritmo lentísimo de Hydra y otras islas del Egeo.

Antonini, el tabernero, un ítalo-greco parlanchín, efusivo, atiende, él sólo, a 50 personas. Su actividad manual y verbal no cesa. Hasta diríamos que se prodiga en exceso; pero es simpático y se gana voluntades.

Llegamos de noche. La pequeña ensenada espejea sus luces en el agua. Recorriendo las calles iluminadas y penumbrosas —parece que el misterio acecha a cada paso. Una quietud inesperada. Ni ruinas ni monumentos, ni tráfico ni turbas. Aquí el descanso es absoluto. Mykonos es una pura delicia visual. Por el día la isla luce amable, tranquila, con sus casas rústicas, blancas y sus molinos pintorescos de velas desplegadas que contrastan con el pardo del suelo y de los casquetes molineros. Todo penetrado de los azules de mar y cielo.

De las islas del Egeo visitadas, Mykonos es la más seductora. Sus dos tesoros: el paisaje y su ritmo sereno, como alejado del mundo.

Otra vez navegando por el mar. ¿Qué tiene el Egeo, émulo del Mediterráneo?

Antes de conocerlo se puede conceder supremacía a otros mares. Pero este mar de los griegos conlleva una desnudez radiante, un sortilegio remansado que no cuaja en mares mayores. Abajo los juegos de la espuma en el azul verdoso de las aguas; arriba las curvas intrincadas que traza el vuelo de las gaviotas. El viajero, acodado en el “Stella Maris” piensa si no está viviendo en tiempo de milagro. El sueño largamente se concreta: navegar en el Egeo, mas aun que visitando ruinas célebres, devuelve a la belleza armoniosa de la Grecia pánica que emula con las seducciones de la Hélade histórica y aleccionadora, porque aquí no te subyugan recuerdos ni textos. El Egeo y sus islas: ¿dónde podría darse una constelación de parajes más fascinadores?

Cuando escribía mi novela “El Atlante y la Reina de Samos”, tuve la intuición de este mar que aun desconocía. Y me pregunto si no fué de mayor autenticidad el imaginado que el conocido.

Por grande y hermosa que sea Atenas, por soberbias sus ruinas y ciudades famosas, quien no navegó el Egeo ni visitó las islas sacras ignora la honda intimidad del vivir paradisíaco.

41

Retorno al Pireo. Luego Atenas. Quince días en el mar y en las islas, fugaces como alas voladoras. Ese fue hechizo: la duradera permanencia despoja a los paisajes y a las gentes del contacto fugaz que dora lo entrevisto.

El vertiginoso transcurrir actual acaece dentro de un abismo de luces fosfóreas que nos aturde con su multiplicidad cambiante. Grecia, en contraste, todo lo detiene y brinda como nuevo, fresco, sereno y melodioso.

Fuerza y belleza. Drama y poesía. Vitalidad y fantasía. La más enérgica expansión del pensamiento, en el teatro físico más frecuentado del orbe. Fábrica de modelos y arquetipos, centro propulsor y refugio a la vez ¡Hellas! Madre insigne: de tí vino todo, todo a ti regresa. Parecía imposible, la fusión de Apolo y de Dionisos. Sófocles, Píndaro ayudan a comprender el enigma helénico. Más todavía Homero y Platón. Y en tiempo nuevo Nietzsche y Katzanaki. Es necesario sorprender el río de energías, de carga trágica que circula detrás de la máscara apolínea. ¿La distancia que medía del varón del siglo V al hombre actual? Poco importa: la herencia es tan vasta que cubre aminoramientos, vela decadencias. Viaje a Grecia, por corto y rápido, relampagueante de revelaciones. La germinación vendrá después.

He pensado, en suelo helénico y frente al mar si “Illimani” se ha puesto a caminar entre islas y ruinas marmóreas. Y allí, en La Paz lejana se me antojaba que Grecia se congelaba en la Montaña insigne, símbolo del tiempo clásico.

42

Si no se añade la inquietud del intelecto que interroga y los toques de una sensibilidad siempre despierta, difícilmente se entenderá ese amanecer victorioso del Espíritu que surge de la Hélade. No filtré todavía, debidamente, el viaje a Grecia. Ignoro si fué más lo soñado que lo entrevisto. Diré, reconocido, gracias, Señor, por haberme permitido, una vez más, convertir el ideal en realidad.

* * *

Interludio Romano

43

Después de dos años felices vividos en Roma junto a la compañera más encantadora que jamás tuvo un hombre, regresar solo es penoso. En verdad ya dije mucho del sol itálico en “Cuaderno de Viajes”. Tristeza y alegría a la vez; tristeza por el bien perdido, alegría en el recuerdo que revive las horas dichosas.

Diré poco de esta breve morada en Roma porque no deseo se borren las huellas de la primera.

En el avión, mientras mi nietecito Javier duerme, recuerdo trozos leídos y releo otros anotados. Me parece útil consignarlos: abrirán horizontes a quienes los lean.

Dice Teilhard de Chardin: “Hay dos abismo: el inferior, de la pulverización; el superior, de la aglomeración. Y un tercero, el de la síntesis, del cual brotan las profundidades fascinantes del pensamiento.”

Expresa Meister Eckhart: “Dios es un abismo de luz al que tememos acercarnos porque nos anegaría en su claridad.”

Refiere Brunton: “El secreto de la Gran Pirámide es el misterio de tu alma. Universo e historia residen en tu interior.”

Manifiesta von Schubert: “La naturaleza es una revelación de Dios al hombre, revelación cuyas letras son seres vivos y fuerzas móviles.”

Estampa Novalis: “No podemos menos que sentirnos atemorizados cuando echamos una mirada a las profundidades del Espíritu. Ahí es donde nos superamos, donde somos más que nosotros mismo, donde el universo está en nosotros. No conocemos esta realidad más vasta sino como por relámpagos, bajo la forma de un diálogo interior con un ser desconocido que entable con nosotros una relación vedada a todos los seres atados a la apariencia.”

Otra vez Teilhard: “Existen tres infinitos: el de lo inmenso, el de lo ínfimo, y el de la complejidad donde aparece la Vida.” Agregó: y que corona el Pensamiento, síntesis de las tres vorágines entre las cuales se mueve el hombre.

44

¡Qué maravillosa encontrar a Sonia, Claudio y Lorenzito, el otro nieto, sanos y felices! Y qué melancolía estar separado de María, el Hada que encantó la primera estancia romana. Estos hijos, estos nietecitos ¿no vienen de Ella? Hasta el dolorido sentir se apacigua al evocarla.

Retorno después de quince años. Roma acoge en cierto sentido y rechaza en otro.

45

Meditación en el monte Mario. ¡Qué hermosa brilla la Estrella — esa, la ignoraba, que sólo tu captas y realzas— entre los árboles, las torres de cristal! Iluminadas, las casas y cosas y seres del mundo! Pero si no existiese un hombre para ver y pensar en la Estrella, ella no existiría. Más aún: contemplada desde nuestro mundo— el más bello de los mundos— y brotada del marco misterioso de su hechizo nocturno, la Estrella vibra, fascina; no vista, no pensaba por un hombre y fuera del marco terreno que la enaltece, ella sería una forma vaga, fría, imprecisa, perdida en la aterradora inmensidad del Universo. ¿Qué es, pues, nuestra Tierra?

Al día siguiente, en el tumulto de las calles que aumentó, Roma tiene ese aire apocalíptico de las vertiginosas metrópolis, a pesar de la gentileza y vocerío de los italianos. Desde adentro la

voz interior —el “daimon”, decía Sócrates, el Arcángel respondo yo— sugiere: no temas, pasarán angustias y ansiedad. Y aunque no fuere así, honremos la condición humana afrontando los días con viril optimismo.

En días posteriores hallo a Roma dos veces linda: por su inagotable riqueza plástica y visual; porque la sombra de María reanima los sitios ya conocidos.

De este segundo y breve pasar romano, no daré descripciones anecdóticas ni descriptivas. Mas bien impresiones subjetivas de una madurez otoñal que mira más hacia adentro.

46

Tercer ascensión a la cúpula de San Pedro. Ahora me fatigo; hace quince años subía sin detenerme la larguísima escalinata. De las visitas renovadas retengo el reencuentro con el Palacio de la Civiltà en el Bur, con la pequeña “logia” de Leone Battista Alberti en el “cortile” del Palazetto Venezia, y paseos solitarios en Villa Borghese y en el Janículo.

En el otoño viene el desprendimiento, o se acrece. Es como si dijéramos a las cosas amadas: “Id a los que amo, dadles la dicha que me disteis.” Y es honda verdad que más disfruta el que da que quien recibe.

Asistiendo a un concierto. He pensado que descontados Bach, Haendel, Mozart, Beethoven la esencia de la música occidental está en los maestros primitivos italianos, comenzando de Monteverdi y de Vivaldi.

La decadencia política de Italia se refleja en la senectud de sus líderes: siempre los mismos, sin imaginación, sin imaginación, sin iniciativa, aferrados a fórmulas muertas.

El cine europeo en general y el itálico en particular se obseden con libertinaje, escándalo, violencia energúmenos. El erotismo, antes fino, sugestivo en los directores franceses e italianos, se ha vuelto pura pornografía. Ya nada está prohibido. Todo hombre tiene tendencia al erotismo, negarlo sería hipocresía, pero hay películas que repugnan porque rayan en lo morboso. Por una buena cinta hay que devorarse nueve detestables. ¿De qué vale la técnica visiva frente al masoquismo argumental. El famoso Fellini, tan loado por la crítica es un degenerado superior según los cuadros analíticos de Lazurki. Presenta el lado oscuro, sucio y corrupto del ser humano y de la sociedad. Y gana millones, de dólares y de aplausos. Signo del tiempo.

47

Siendo Bolivia en el pulso del mundo, como un ritmo lejano, misterioso, que prepara un nuevo amanecer. La siento asimismo en esta primavera romana. Haber nacido en la patria andina, compartir su extraño destino, sus desventuras: don de los Dioses.

Aunque Sonia, mi hija, es una perfecta romana connaturalizada con el medio en que habita, yo jamás podría ser un romano cabal: por la edad avanzada y porque soy un pacheño irreductible.

Mira, te mira el sol y algo a los dos.

Tan desquiciado anda el mundo, tan atormentadas las gentes que se hace difícil la tranquila contemplación, el goce remansado de Roma y sus maravillas. La narcosis del miedo y de la crisis económica atenaza al ser humano. La voracidad capitalista y la penetración subterránea de las izquierdas-termites hacen lo demás. El hombre de hoy camina sobre un pie. Y a quince años de distancia se siente la diferencia entre una Italia en “boom” y otra en descenso del bienestar material.

No somos ajenos al dolor y las necesidades de los otros. ¡Pero cuán poco puede hacer uno por muchos!

¿Es delito sentirse contento en medio de tanta desventura circundante? Ese Nápoles, ese sur itálico en parte subdesarrollado... Pero también el entusiasmo y la alegría los da Dios.

No sabes con certeza si tu la buscas o ella te persigue. Es la dama del traje de azafrán en el “Conte Grande”, revestida de belleza y distinción. La amazona atrevida de pie en la lancha a motor, cabellos al viento, al abandonar Venecia. Fervorosa creyente en Assis. La jovencita que cantaba al dejar Nápoles. O la compañera del ascenso y la tarde inolvidable en la cúpula de la Catedral de Florencia, Fiel confidente en los paseos nocturnos y en las visitas a los museos: esa tarde —una entre cien— en el Museo Lateranense, sus ojos brillantes de entusiasmo. En las embajadas sobresalía por un porte y su recado. Su buen gusto infalible al recorrer vitrinas o elegir objetos de arte. Un paseo al Janículo encantado por su hermosura: ternura y comprensión encendían los ojos oscuros. El almuerzo en Tivoli: su voz fluía más sugestiva que los sonidos de la guitarra. Y en los juegos de luz y sonido la mano que oprime suavemente. Salir con Ella, cenar fuera de alejaba de toda aventura porque su presencia conllevaba la mejor aventura. Siempre velando por el marido y por los hijos, despreocupada de sí mismo. Otra tarde, en Latina, forjando planes, ofreciste consagrarla los años restantes sin sospechar las tempestades que aguardaban en la patria lejana. El paseo a Grotta-Ferrata con la novia que jamás pierde su hechizo. Y esa vez, al abandonar la Basílica de San Pablo fuori muri, cuando le pediste que se apoyara unos instantes en la columnata del atrio porque anhelabas retener la lindura y la gracia de su presencia. Piadosa y recogida al recibir la hostia consagrada de manos de su Santidad Juan XXIII. En el hogar siempre alegre, sencilla, activa, reanimadora y consejera sin equívocos. La noche sienesa, esa callecita que fingía la entrada a un mundo celeste, y el pasmo en el rostro extasiado de la Muy Amada. Las caminatas en Villa Borghese con la dama más hermosa del mundo. O aquella otra ocasión, en Vía del Corso, cuando se encontraron casualmente y se te antojó haber tropezado con la Reina de un país ignorado. Las visitas al Vaticano con la señora vestida de negro, y digna, emanando esa extraña seducción que sólo dan la belleza hermanada con el señorío. El poema que le hiciste en la Pirámide Cestia: ella estaba sin estar. Y la tercera jornada en Villa Estense; los surtidores de agua y el Ciprés Victorioso loaban la dicha de la Compañera Indecible. Y tantas escenas, instantes perdurables, que están volviendo siempre por la esposa del Buen Amor es también la Diosa del Recuerdo.

49

Vuelvo a gozar los mil encantos que brinda Roma, antiguos y modernos. Los dos años anteriores no bastaron para agotar el conocimiento de la urbe prodigiosa que hermana el pasado con lo nuevo; lo mismo puede uno extasiarse con la ruina arqueológica que con una villa moderna. La zona de EUR es tan atrayente como el Foro Romano, según las pupilas miren al ayer o apunten al mañana. Roma lo ofrece todo, no se agotan sus perspectivas ni sus hechizos visuales. Pero de pronto, caminando por las calles centrales —vía del Corso, via Condotti, vía del Babuino, —, medio al esplendor urbano, impresión de segundos fugaces, todo cobra un aire lúgubre, se respira mal, algo siniestro parece flotar de un pasado olvidado, de los viejos edificios con rejas de gruesos barrotes. Es como si la Roma del implacable Medioevo y del Renacimiento cruel nos hubiesen transportado a esos tiempos de exceso y menos precio de la vida humana. Es sólo un lapso fugaz, que estremece el alma y se desvanece. Roma vuelve a imperar majestuosa y radiante en la sensibilidad de quien la habita. Una escapada a Ostia, una visita al Foro Mussolini, un escuchar los coros de la Capilla Julia redimen de todo malestar.

50

Roma de la dicha interior y el deslumbramiento del primer encuentro, no es lo mismo que Roma de la soledad y la nostalgia. Brotó un libro de aquella; está sólo puede sugerir algunas impresiones fugaces.

He recordado al Goethe olímpico del mediodía en sus Elegías Romanas: “Alegre y lleno de entusiasmo me siento sobre este suelo clásico. Mientras, el amor avivaba su lámpara y recordaba los tiempos pasados.

El hombre del Ande ha vuelto a la Fontana de Trevi como el pájaro herido que tiene un ala rota. Roma sin María es morada de meditación y pesadumbre.

* * *

Notas de Yugoslavia

51

Sensibles diferencias entre la aviación del mundo libre y la socialista. Se viaja mejor y más cómodo en la primera.

Dubrovnik: paraje atrayente. La ciudad vieja amurallada en recinto cerrando, fue encrucijada de invasiones y civilizaciones; en ella se cruzaron y mezclaron todo tipo de influencias étnicas y de costumbres. Estos eslavos son hartos distintos del modelo itálico, carecen de la finura del tipo mediterráneo. Altos, fuertes, toscos en lo somático y en el ademán; raza orgullosa que sus conquistadores dominaron a través de los siglos sin poder nunca humillar. Resurgía siempre como en los tiempos de la famosa Ragusa su antecesora en el tiempo.

El país socialista, por paradoja, tiene los hoteles más lujosos que frecuentan pocos yugoeslavos y pueblan los turistas. Prácticamente el visitante no siente los rigores del colectivismo, aunque se lo vislumbra en las ropas sencillas, en la tosquedad de ciertas manufacturas, en la apariencia de pobreza apenas recorre uno las campiñas. La Yugoslavia de Tito ofrece una apariencia pacífica; los alzamientos de croatas y macedonios fueron aplastados brutalmente en años anteriores. Ahora todo está bien regimiento y la costa adriática, del lado eslavo sabe exprimir los dólares del turista.

El costo de vida la mitad que en países europeos. La costa, bahías y ensenadas, playas tan seductoras como en Grecia. Buena comida y excelentes vinos. Historia y paisaje cargados de reminiscencias. En general, vida placentera para el viajero.

52

La costa adriática, de la margen yugoeslava, es muy bella. Esta vez la excursión no será tan libre descansada como fue la visita a Grecia. A Sonia todo la seduce y conmueve. Yo, de buen abuelo, tengo que repartirme en los goces de lo nuevo y la atención de los nietos. Javier y Lorenzo no paran su inquietud ni sus diabluras. El primero es todo un hombrecito siendo un niño todavía; el segundo desborda de vitalidad. Pelean todo el tiempo y no pueden pasar el uno sin el otro. Ganan la simpatía de todos en el hotel. Ya no se trata de plenas vacaciones; ahora hay que concentrarse en los pequeños, en el prodigio de sus reacciones y en el cuidado de sus actos. ¡Dichosa edad que hace de los niños emperadores y de padre y abuelos benévolos guardianes!

53

Lo más notable de Dubrovnik es la Piazza o calle central, un gran rectángulo que se bifurca cerrado por muros y casas antiguas. Una vía de viejos edificios que albergan tiendas y "boutiques" modernísimas. Los precios regulares. La ciudad es un polo turístico. Se transcurre en un vivir sosegado: ni multitudes, ni ruidos, ni tráfico embrollado.

El "acuarium" hermoso y repugnante a la vez. Peces hermosos y otros espantables. El pulpo, bien observado, sencillamente asqueroso. Desde ángulo de apreciaciones la vida submarina, infinitamente rica y variada, es insondable en la simbiosis de medio natural y seres acuáticos. ¿Por qué el Creador compuso el tenebroso mundo oceánico en el cual juntó lo bello con lo horrible; y qué significa el pequeño mundo humano frente a la monstruosa vastedad del mundo oceánico? Había unas arañas, enormes, montadas sobre largas patas a manera de zancos realmente repulsivas. También grandes peces de curvas aerodinámicas. Otros que se movían en raptos súbitos. Yendo de un recinto a otro siempre la fusión de lo atractivo y lo desagradable. Se puede pensar, ateniéndose a lo puramente visual, que el abismo acuático fue creado simultáneamente por Dios y por Satán.

Dubrovnik, ligero y fulgurante de móviles luces para el viajero sencillo, se abre pleno de misterio y poesía para el que viaja con su penar, su pensar, su búsqueda sin término en el espíritu.

El mal tiempo nos impide viajar. El tercer día rectifico al ginebrino Amiel: el paisaje no es un estado de alma, el alma es un estado del paisaje.

Paseo en auto por las colinas y las playas de Dubrovnik: se despliega un país de ensueño. Desde una altura próxima, la visión de la ciudad murada es incomparable. Brota de una vegetación extendida con sus torres venerables, sus techos rojos, sus modernos cubos de vidrio, los viejos muros y las siempre jóvenes buganvillas.

Laureles-rojos, pinos, cipreses, tamarindos, palmeras y árboles frutales esmaltan la flora de la costa dálmata. Y abajo el agua, cuyo azul cobalto, espejeante, verdes y se transforma en mágicos tintes al borde las playas. Al fondo las islas, el hermoso horizonte marino. El puerto se divisa colmado de minúsculas embarcaciones. Las fortalezas medievales intactas. Casitas ceñidas por finos arboledas. Unas callejuelas inverosímiles que se escurren caprichosamente. Rincones de penumbras poéticas y el contraste de la vieja arquitectura con villas modernas dan a la villa un modelado típico inconfundible.

Hermosas muchachas y varones de aspecto viril, pero la corpulencia muscular, gruesos brazos y tobillos hacen añorar la finura del tipo mediterráneo.

Se comprende que a esta bellísima ciudad la hubiesen denominado Perla del Mediterráneo aunque está en el Adriático, y cuna de oro de la milenaria cultura croata. El paisaje natural y la elaboración histórica conjuncionaron para conmoldearla en armoniosa síntesis. Dubrovnik no se puede olvidar.

Hemos visitado el célebre Palacio del Rector que participa del Gótico y del Renacimiento; el fuerte Lavjrenac, con su bella torre y sus pasajes y reparticiones de piedra ornado con plantas y floridos jardines; el palacio Sponza, La Catedral y la iglesia de San Blas; el convento Dominicano con su claustro porticado; las lindas playas de Rijeka y Cruz. Descendimos por una calle pintoresca toda ella prolongada en extensa escalinata; el fuerte Revelin con sus torres y explanadas; los jardines de Dubrovnik, lo mismo públicos que privados, delatan la afición botánica de los pobladores y hacen más grata la visión de la ciudad.

Hay quienes piensan que el patio del Palacio del Sector es lo más saliente de la villa. Yo pienso que es el conjunto panorámico desde una colina próxima, cuando Dubrovnik surge del mar como una morada fantástica en uno de los paisajes más bellos del planeta.

Sonia se apena al abandonar los muros ragusianos. Se promete volver. Creo que para salir de los “días niveladores que aterraban a D. H. Lawrence, nada como la seductora Ragusa — Dubrovnik.

Habría querido comunicar con estos yugoeslavos, conocerlos en sus costumbres, en su psicología, mas los idiomas diferentes me mantienen lejos de ellos. Sonia les habla en inglés o en italiano, sin ocasión de ahondar en su intimidad.

La lluvia insistente obliga dos menesteres: hacer jugar a los viajeros que se aburren cerrados en el hotel y deslizar algunas ideas. Allá van.

Contra la ofusadora depresión del hombre actual, Dios me concedió el refugio de Sopocachi en las montañas del Ande Boliviano, en el cual siendo todo sencillo, sosegado, es dramático, dinámico, incitante en su quietud orográfica. Allí donde lo monótono-habitual trasciende a novedad y revelación si lo miras con ojo poético. Tal vez Teilhard de Chardin sabio poeta-errante, vió más lejos y más hondo en nuestra época. A mí me fue donado, en escala menor, absorber y expresar por muchos. El destino existe y a pocos fue donado intuir los “más allá” en el “más aquí”. Pensar, expresar lo pensado: lo que más acerca al enigma. “La mujer perdida” acaso la mejor novela de Lawrence. ¡Qué caracteres, qué percepción psicológica, qué

captación de atmósfera y color! Nostalgia de María... La más bella de las músicas no podría manifestar la ternura doliente y sonriente que fluye del recuerdo de la Bien Amada.

57

Cuatro horas de auto hasta Drenik; luego en ferry-boat hacia la isla de O-Hvar. Cae la noche, mar y tierra se esconde. Larguísimo final de viaje; el último trecho (hemos recorrido la isla en toda su extensión) es agotador: subidas, bajadas, recodos interminables. Los chicos aburridos, yo impaciente. Sonia con serenidad imperturbable levanta los ánimos. Soledad en el trayecto, no se una sola persona. Avanzamos en plena soledad sólo turbada por las luces del Fiat. ¡Cuan fácil sería un asalto en estos despoblados! Pero en la Yugoslavia de Tito, por suerte, no hay asaltos. Este viaje nocturno de cuatro perdidos en la incierta desolación de O-Hvar se presta a un relato dramático. Después de larga y ansiosa espera, las primeras luces de O-Hvar. Preguntando, avanzando, retrocediendo llegamos al hotel "Amfortas" tan lujosos y grande como el "Libertas" de Dubrovnik. Estos hoteles turísticos monumentales, por lo general de mal gusto —sólo en esta isla hay ocho! — desperdigan el espacio: uno de ellos posee pista acuática de water-polo cubierta y salones excesivamente grandes. Para una ciudad de 15.000 habitantes los hoteles desmedidos aparentan insólitos y sin embargo la hacen vivir porque la temporada veraniega cubre todos los gastos.

No sé qué crítico estúpido refiriéndose a los viajes de Stendhal, dijo que cada vez que el famoso escritor estampaba "¡qué bello paraje" incurría en una vulgaridad. ¿Y qué cosa se puede expresar de los paisajes que conmueven nuestra sensibilidad? Hemos recorrido casi 200 kilómetros de la costa dalmata, toda ella cuajada de preciosos lugares.

No puedo descansar porque hay que lidiar con las personalidades desbordantes de Javier y Lorenzo. Sonia nos calma a todos tres — a veces yo me impaciento más que los niños— con bondad y sagacidad. Sólo por instantes el Adriático luce soleado. Cielo gris y persistente llovizna. Islas en lejanía, lindas arboledas, pero sin sol todo empalidece y transmite su carga de melancolía. Grecia e Italia se me presentaron siempre persuasiva — léase áureo sol, mar azul— por ello su recuerdo contrasta con estos paisajes foscos de una costa dalmata gris, lluviosa.

58

Planeado el viaje a Mostar y Sarajevo debemos renunciar a conocerlos debido al mal tiempo; además las travesías largas cansan a los niños. Sigue lloviendo. No podemos visitar la parte vieja de O-Hvar que dicen es la más interesante. Ping-pong en el hotel. Yo reniego como un abuelo de novela: "¿para permanecer encerrados en el "Amfortas" hicimos la gira " paradisíaca" a Yugoslavia? Ayer un pedacito de azul nos devolvió la esperanza. Hoy todo gris, húmedo, aburridor. Mañana seguiremos a Split, la Spalato del Imperio. Cuatro días desaprovechados en O-Hvar, la esquivada, que escondió sus bellezas.

59

¡Amanecer soleado y cielo limpio! Paseamos la catedral y la hermosa plaza renascimental de O-Hvar. En auto a Stari-Grad un lugar delicioso. De este punto a Split tres horas de navegación por el sereno Adriático. Desde lejos avizoremos la ciudad con sus playas y sus grandes edificios; conforme avanza el navío centro la atención en un macizo conjunto de elevadas torres que se me ocurre son los palacios del Emperador: la vista es magnífica, hace soñar. Pero hay tanta distancia del sueño a la realidad que más tarde compruebo que mis torres y palacios de ensueño son, solamente edificios multifamiliares.

Split-Spalato, ayer residencia de Emperadores, es hoy un puerto activo y centro turístico de gran movimiento.

Me falta la comunicación humana. Habría querido conversar con estos recios eslavos, conocer su modo de pensar, qué piensan del régimen de socialismo atenuado que les impuso el mariscal Tito, sus costumbres. De apariencia desfilan menos alegres y expansivos que los griegos. Los que conozco en Bolivia son más abiertos, acaso por el roce latino, y de un empuje emprendedor sorprendente. Este es el tipo de inmigración que necesita la joven América del Sur. Con el sol ha vuelto el contento; ahora la Dalmacia nos parece bellísima, acogedora.

Primera caminata por Split y el célebre Palacio de Diocleciano, insólita fábrica de ruinas en las cuales se injertó parte de la ciudad moderna. Dentro del gran rectángulo que cierra más de 30.000 metros cuadrados, las ruinas alternan con las viviendas actuales, en rara cercanía. El todo está circundado por muros perimetrales.

Arquitectónicamente es un matrimonio de lo antiguo con lo moderno. Se respira una atmósfera extraña, mitad testo mutilado de tiempo clásico, mitad urbanismo actual. Aunque la mayor parte fue demolida permanecen muros y columnas, lienzos frontales, arcos y esculturas que dan pálida idea del soberbio Palacio de Diocleciano batido por las olas. Se ven puertas, peristilos, de las grandes salas imperiales, restos del Templo de Júpiter, el Mausoleo del emperador romano hoy Catedral con su airoso campanario. Contrastando con tantas áreas arqueológicas muertas, la fábrica diocleciana vibra aun derruida y transformada, despidiendo esas resonancias misteriosas de lo que se niega a morir. Quien recorre los ámbitos del Palacio Imperial siente la fascinación del esplendor romano, pero la nueva y extensa Split parece devorarse a la pequeña Spalato visible.

Antaño el Adriático rozaba los muros de la inmensa construcción, para regocijo y sosiego de uno solo. Hoy la marea urbana turba la majestad del recinto. Regresamos varias veces al recinto diocleciano, constantemente animado por el recuerdo de los muertos y la actividad de los vivos.

Visitamos luego las sombrías bóveda del Palacio, la Puerta de Oro y la Puerta de Plata, la antigua Casa municipal de estilo gótico, la torva calle de Diocleciano. El retorno al amplio muelle y avenida de Tito nos devuelve al tráfico moderno. El golfo de Split si menor en belleza pintoresca que el de Nápoles, posee su propio encanto. No se cansa el turista de pasear por las anchas explanadas bajo las palmeras. Trepamos a una eminencia natural y captamos una vista singular del Vestíbulo, del Peristilo y del Baptisterio.

Hay callejas, en Spalato, que recuerdan el trazo inverosímil de otras en Génova y en Dubrovnik, encantadoras en lo visual, poco prácticas para habitarlas por la estrechez de la vías y el exceso de sombras.

Excelente el hotel "Marjan" como todos los que conocimos en la costa adriática. En cambio los edificios multifamiliares monumentales pero feos. A las 18 un nubifragio violento y corto. Luego un paseo por la rambla y el puerto lleno de barcos.

Visitar a Trogir y a Marina. El primero muy atractivo, la segunda desprovista de seducciones.

Trogir posee una isleta poligonal con su puente, muelles flanqueados de embarcaciones, su castillo en un ángulo, una prieta arboleda, y un gran rectángulo de grama verde. Visión inolvidable. En la ciudad admiramos la hermosa Catedral de San Lorenzo del siglo XIII, de estilo romántico-gótico, escueta en el lienzo principal pero desacadada por la esbeltez y el calado de su erguida torre. Hay también influencias venecianas en Trogir. Iglesias y conventos típicos. El paisaje fascinante y el agua quieta, mudándose entre el verde y el azul, de admirable limpidez. Almorzamos en una pequeña fonda rústica un pescado que superaba las delicias de la cocina francesa o italiana. Pasamos por Makarska, Podgora. Gibenik, sin poder visitar con detención esos lugares

Por todo el trayecto se repite la teoría de los callejo-medievales. Unas placitas de sueño. El encanto de los paisajes contraste con la pobreza de los campesinos, gentes serias, que no sonríen, indiferentes a la curiosidad de los visitantes. En el camino de regreso a Spalato divisamos un hotel de fábulas: el "Medena."

La serranía que corona un flanco de Split se llama Marjan de superficie adusta, pelada. Es el segundo puerto del Adriático, un polo turístico de gran atracción. La ciudad moderna de primer impacto igual a todas las lindas ciudades de las dos riberas adriáticas, la italiana y la yugoeslava. Como dato curioso: 150 casas se apiñan dentro del recinto diocleciano. Todos hablan del recinto arqueológico, pocos conocen bien su historia. Hay vagas referencias del Emperador que cambió Roma por Spalato.

Split se deja con pena. Días de sosiego, de búsqueda visual que no volverán. Los pequeños se harán hombrecitos. Sonia y yo tendremos la nostalgia de Spalato.

Paseo a las ruinas de Solin y del cementerio paleocristiano de Manastirine: nada notable.

La Catedral de Split, entre románica y bizantina, encajada en la ruina romana, guarda tesoros artísticos: entre ellos el bellissimo interior de su planta central, un Cristo admirable de madera, el otro tallado, los frescos laterales, el altar mayor y joyas religiosas.

Contornean la ciudad campos cultivados pero descuidados. El yugoeslavo en su terruño rural no parece ser muy adicto a progresar. O no lo dejan, famosos resultados del comunismo. Lindas arboledas. Tiendas bien provistas, para todo precio, por lo general mercadería tosca. Tráfico bien regulado, no se ven policías. Repito que el turista no siente la presión socialista; habría que saber qué piensan, realmente, los yugoeslavos.

La monumental estatua de Grgur Ninski, gran bronce de Iván Mestrovic, de primera impresión molesta: es un coloso incrustado en la urbe a manera de esos budas gigantes que se destacan en los paisajes orientales. Pero después de examinarlas con detenimiento su forma se anima de una presencia dinámica y va entregando poco a poco sus rasgos originales. Su tremenda movilidad y la majestad del personaje acaban imponiéndose al espectador. María reapareció tres veces en Split.

Galería Mestrovic precedida de un lindo parque.

Esculturas de tipo miguelangelesco, de gran fuerza plástica. Bronce, maderas, mármoles. Impresionantes los murales sobre a Pasión del Señor. Figuras titánicas, caras rudas, a veces fisonomías crueles, de grandioso dramatismo, pero también madres y niños de encantadora suavidad. Sobresalen: la violinista en el parque, una vestal, la cabeza de soldado, la madre con el niño, el autorretrato y la niña del laúd. Mestrovic merece un examen más detenido. Es enérgico, tempestuoso.

Sin exceder a los primores de la Costa Azul o de la Riviera del Fiori, la costa dálmata tiene su propio hechizo, remansos paisajísticos que no se olvidarán.

La comida del hotel aun siendo buena se vuelve pesada. Sed constante, acaso por las excursiones. Los yugoeslavos aman a los niños: Javier y Lorenzo vagan como reyezuelos por el "Marjan".

Sobre el mar inmenso y quieto se abre la hermosa bahía de Split. Las islas festonean el horizonte. Admiro dos tramontos espectaculares. Por este tiempo —octubre— oscurece temprano. Dos visiones, entre muchas que no pasarán: la caseta de San Jerónimo en el Marjan y la teoría de las velas como palomas presurosas en la bahía de Spalato.

A pesar de los muchos atractivos de la gira, la compañía de mi admirable Sonia y las ocurrencias de mis nietos: lo mejor del viaje a Yugoslavia.

Habla un filósofo de la “crisis de pánico”, del miedo existencial que va en ascenso y hace que el hombre se sienta solo y perdido. Entre los dos abismos del número y del tiempo, se siente uno como aniquilado e inútil. El cosmos y el átomo quieren aplastarnos. ¿Somos prisioneros de la inmensidad?

Replico: somos muchos, cada vez más. Nos sentimos descentrados frente a las presiones circundante, a la masificación que quiere absorber toda individualidad. No asfixia, no parálisis por el temor, no burbuja pensante el universo. Nos salvará la fe en un más allá redentor, la enérgica voluntad de organización para situarnos en el más aquí. El hombre no debe entregarse jamás, ni aun ante la vecindad del caos. Vencidos no, amenazados sí. Y si deviene la catástrofe afrontarla con sereno, honrado la condición. Vivir, pensar, actuar tranquilos aunque interiormente preocupado. No perder nunca la confianza ni la esperanza. He aquí el sentido y la belleza del tránsito terreno.

Dios —o el Destino— permiten estos viajes breves, fulgurante, en los cuales desprendido de la ronda de tus problemas cotidianos y los futuros deberes dejan vagar libremente el pensamiento y puedes absorber en calma las novedades de las nuevas comarcas. Hombre feliz porque la contemplación morosa, desinteresada, exenta de los pequeños fastidios de cada día, es un regalo que viene de arriba.

En Suiza, en Austria, en Turquía, en Inglaterra, y con mayor hondura en Grecia y Yugoslavia conociste la dulzura de los viajes-sabios, los que se realizan reposadamente, mente y corazón abiertos al mundo y a sus seres.

Los viajes nos acosan y al propio tiempo conducen al nuevo amanecer. Son ángeles difíciles.

Cinco viajes en los cinco años de ausencia de María. También esto trasciende al arcano del amor más bello del mundo.

¿Es designio de lo alto, es decisión interior? Tuve una sensación de melancolía como si fuera el último humanista en su postrero viaje transatlántico.

Notas volandera, superficiales, espontáneas. Mucho más fue lo absorbido que lo expresado. Grecia la llevaba dentro: verla, más que un deslumbramiento ha sido reconocerse. Yugoslavia, en cambio, toda inédita, se entregaba dócilmente en tensión de frescura y novedad. Pero vi y aprendí mejor en el trayecto helénico que en la peripecia dalmata porque allí Sonia y yo tuvimos mayor libertad de movimiento. En el viaje con los niños ellos exigían atención y reducían el tiempo. Viajar con niños es sacrificar la propia tranquilidad y limitar la órbita de las experiencias. No importa: los nietecitos superan en fuerza emotiva y encanto las delicias viajeras.

Dos cosas que se oponen: la rudeza eslava y la finura ática. Pero la morada natural de ambas las hermana en la tierra y en el mar. Egeo, Adriático, Mediterráneo: los mares más sugestivos del planeta. Playas sin rival. Parajes presentidos... La historia de “El Atlante y la Reina de Samos” la compuse varios años antes de conocer Grecia. Como cristiano no debo creer en la transmigración de las almas; el soñador responde: podría ser... Esta historia-sueño la compuse en pocas semanas y cortas horas de trabajo, como si la hubiese vivido realmente y sólo se hubiese tratado de recordar. Con toda su hermosura y esplendor, las playas helénicas empalidecen cuando pienso en los paisajes marinos que vieron el amor y el drama de Cedara y Felimín. ¿Vivido, soñado, simplemente imaginado? Quien podría saberlo... Athanassiadis, el autor de “Un Muchacha Desnuda” describe el mar mejor que yo, pero mi transcripción poética es asimismo verdadera, porque brota del fondo acuático. Ha sucedido...

67

Nunca deplorará lo suficiente ignorar los idiomas griego y eslavo: no pude penetrar la psique ni las costumbres de estos moradores del cercano oriente. Y lo cierto es que si no hay comunicación directa por el lenguaje, o se llega al poblador. A nos ser la intuición penetrante de Keyserling, que adivinaba sin comunicar. Pienso que Katzanaki, alma natural y espíritu cerebral a la vez, revela mejor al griego eterno que cien sociólogos o investigadores étnicos.

Para una apreciación general, diré que el griego de hoy parece más apasionado, más inquieto que el yugoeslavo, afincado en estoicismo secular.

Desde otro ángulo de observación: ¿no somos, todos, griegos de cerebración y de sensibilidad? El mundo yugoeslavo se presenta, en contrasta, en tensión de sorpresa y novedad. En cierto permanece cerrado para el observador superficial.

Hellas: madre admirable, durarás como el mundo. Todo ser consciente te lleva dentro.

Antes los viajes fueron de placer. Hoy son tales los enjambres humanos que se transportan por aires y mares, que las esperas, las aglomeraciones, a veces el vocerío y las incomodidades, zahieren al turista. Lo más prudente: viajar fuera de las estaciones que engrosan las ondas turísticas. O estar en tal disposición de espíritu, cercana a una estado nirvánico que te mantengan indiferente a las presiones exteriores.

68

Se puede ser diez veces Ulises, cien Colón. Si ahondas en la geografía familiar y te sustituyes en las vidas que te rodean.

El diálogo que sólo tu recoges:

— María: ¡cómo me duele conocer tanta maravilla sin ti!

— No lo lamentos, si estoy siempre a tu lado...

69

Las desdichas del mundo, los padecimiento de millones de seres ¿cómo no han de conmovernos? Solía suceder que sentado en un banco en las plaza Syndagma de Atenas, o en el suntuoso comedor del "Libertas" de Dubrovnik, me asaltaban remordimientos: yo dichoso con los míos, participando en los placeres regalados del turista y tantos, tantísimos sufriendo hambre, enfermedades, guerras, luchas civiles. ¿No hay remedio a tan inmensa desgracia? ¿Se ha vuelto insensible la humanidad. Y Dios, el Dios cristiano ¿cómo permite el infortunio de tantos? Uno solo ¿qué puede hacer para aliviar los males de millones de personas? El marxista le arroja toda la culpa a la sociedad capitalista; el demócrata contesta que cada cual por su esfuerzo, y que la sociedad comunista es la más cruel opresora del hombre. Existen otros fenómenos que escapan a la disputa de las ideologías; y es que cuanto más se analiza las pretensas "leyes" de la economía y de la fisiología social, menos se entiende las aberraciones de la explosión demográfica. Somos muchos, demasiados en el planeta: éste es el síntoma más grave. Aunque religión y ética lo prohíban, tendrá que limitarse la población. He recordado una frase de mi libro "Siripaka"; nadie puede ser dichoso mientras sufren demás. Una frase, solamente, porque nadie padece por ella. Parece una frase excesiva, pero si volviéramos a la pureza del cristianismo primitivo, así debería ser: todos padeciendo por todos, compartiendo penas y alegrías.

En el curso de los viajes mediterráneos más de una vez miradas angustiosas turbaron la quietud espiritual: ellos padecen, ¿puedes tu sentirse dichoso?

70

¡Indecible seducción de las islas egeas que conocimos: Hydra, Santorini, Creta, Rodas, Mykonos! Pero más incitante el misterio que fluye de las otras, las ignoradas y anheladas: Samos,

Naxos, Lemnos, Mitilene, Samotracia, Chíos, Tenos, Astipalea, Tasos nombres famosos, cada uno de los cuales arrastra su estela de iniquidad.

Navegando en el Egeo. Observando la extrema movilidad de los peces o el vuelo fácil de las gaviotas se piensa si la naturaleza no fue más sabia, en su sabiduría plástica, al crear animales que hombres, tan superiores estos últimos por el pensamiento, tan limitados en su movilidad espacial.

Los grandes solitarios son los mejores viajeros-escritores. O los graves doloridos que restañan sus heridas. Goethe, Stendhal, Chateaubriand, Loti, Lawrence, Miller, Katanzaki, Nerval ven, absorben, inventan, recaman reabsorben el tejido del relato. Sobre la malla de plata de la vida los hilos de oro del ensueño. Es lo que no pueden imitar mediocres ni cronistas voladeros, porque el artista mira el mundo, lo reproduce, pero también la saca de sí, en un doble nacimiento espiritual.

71

Esas plazoletas cerradas de Spalato y de Ragusa: estrecha la visión, tocándose las casas, como queriendo protegerse de la naturaleza y de los hombres. Doble impresión. Todo íntimo, reconcentrado, recatado y tierno como un madrigal de Monteverdi. Y también la honda tristeza de lo viejo y sufriente de un andante de Tartini.

72

Al peregrino: si careces de tiempo para detenerte y examinar reposadamente seres, cosas, paisajes ignoras el goce oculto de los viajes. Porque cruzar, echar miradas fugaces y enseguida pasar a otra visión que borra la anterior, no es conocer sino apenas rodar por los senderos del mundo. Y procura llevar a tu lado un ser querido, porque goce no compartido se esfuma en el tiempo y en cambio lo comunicado se disfruta dos veces. Y más hondo.

73

La Atlántida no es un mito simbólico ni una alegoría. No la inventó Platón. Los Sacerdotes de Sais poseyeron la clave reveladora. No sólo Santorini, muchos otros parajes insinúan indicios de continentes o islas desaparecidos. La imaginación de oceanógrafos y escrutadores del pasado sigue desplazando sin tregua los lugares que se cree fueron asiento del esplendor atlántico. Un día llegará el arqueólogo o pesquisador náutico que descubra la residencia del reino fabuloso. Lo presiento.

¿O son atlántidas las que debemos de buscar? Acaso la respuesta esté en los talantes pétreo de México y Centroamérica, y en los monolitos del Tiwanaku de Bolivia, claves herméticas que no han sido suficientemente consultadas.

Anamnesis, la memoria recreadora de vidas y naciones puede prolongar indefinidamente el pasado —dirá el filósofo del Critias. Mi tío Federico, sabio investigador, arqueólogo metódico, crecía firmemente que Tiwanaku fue obra de los descendientes del gran imperio atlante.

Los hierofantes egipcios supieron mucho, lo revelaron a Solón, gran iniciado, y éste, entre velos, nos entregó la verdad en lengua poética que no se ubica porque prefiere bogar sin rumbo exacto.

Tal vez porque es mejor el sueño móvil de los altos mitos-verdades que al despertar realidad fija de lo conocido.

Buscar, buscar... La Atlántida, como el reino legendario de los Antis, están en todas partes y en ninguna. Desventurado el día que se fijen en lugar determinado. Habría que inventar otras catedrales de lejanía inalcanzable.

“El Atlante y la Reina de Samos” no puede ser sólo un brote de la fantasía. Existieron, acaso distintos de lo imaginado, pero su resurrección en el tiempo es evidencia de su presencia

en el espacio. La felicidad con que acudieron a mi mente y la rapidez de hilación de su historia, son testimonio de veracidad.

74

Todo ser, toda cosa, bellos o feos, notables o insignificantes, quieren ser conocidos. ¡Detente, aprende a conocer! Es la consigna del perfecto viajero. Nada fue puesto porque si en tu presencia: toda forma lleva el mensaje de su permanencia. Cuanto más mires, cuanto mejor escuches, cuanto más reflexiones, la materia exterior iluminará tu espíritu.

75

En Split. Una palmera en la avenida de Tito puede significar más que un libro. El patio del palacio Papálic, viejos muros rodeados de yedra, es un largo poema de belleza visual. Y una vela amarilla que dora el sol poniente, en contraste con los azules fulgurantes de cielo y mar, bajo una fina raya de blanco en la barca suena musicalmente como un trío para cuerdas. Un paseo, solo, por la rambla, te da la sensación inequívoca de que el mundo está perfectamente construída, bien regulado en sus proporciones y en el equilibrio de su sagaz movilidad. Pero se rompe el encanto del instante y acuden los problemas del vivir: la naturaleza, siempre sabia, se presenta maestra de perfecciones, el hombre transcurre acosado de tensiones. Ser imperfecto.

76

En Grecia. Un mármol mutilado despierta la pasión modeladora del ojo: ¡cómo sería la figura original! Esa escalera sinuosa en Lindos que hablaba de terrores ancestrales y victorias penosamente conquistadas; que desembocaba en la boca negra del portón de piedra prolongado en un muro enhiesto que remataba un bastión altanero, sugería el avance de un pelasco de pies curtidos ansioso de dominar la plaza fuerte. Y esa casita blanca, junto al viejo molino, de puertas rústicas y líneas graciosamente dibujadas, en Mykonos, con su emparrado, su silencio, su soledad que invitaban al descanso... La ruina partenónica, esa herida que sangra siempre aunque no se vea fluir el rojo vivo sino el oro otoñal de los mármoles envejecidos por el tiempo. ¿Por qué a pesar de su grande saber suele fatigar el peripatético y en contraste jamás agotan sus significaciones Heráclito y Platón?

Trabajando por la historia y por los libros vez más de lo que hay en la Hélade actual. Ojo y mente: dueño del mundo: ¡y cuán pocos saben utilizarlos, exprimirles su recóndito saber!

Duele despedirse de Grecia. Nadie sabe si podrá volver. Pallas Atenas, no la colosal que esculpió Fidias, sino una presencia de mujer soberbia de majestad y de belleza, a la medida humana, dicta la lección de despedida en el aeropuerto:

—No te aflijas, hace muchos años que resido en tu Estudio. Allí me encontrarás.

77

La risa que me atacó en Hydra, cuando una turca gruesa y madura, al ver que yo rechazaba un vino fuerte, creyendo que Sonia era mi mujer y no mi hijita, le aconsejaba: “que tome, que tome, le hace falta y usted quedará más contenta.”

78

Esas playas de maravilla, esos paisajes fascinantes, lo mismo en el Egeo que en la costa dálmata. Muchas veces quedé en suspenso recordando el verso goethiano: “¡Detente, oh bello instante!”. Pero todo aquel que siendo buen occidental diga que desearía quedarse para siempre en uno de esos lugares paradisíacos, diré que miente. ¿Cómo podría un acelerado y dinámico europeo o sudamericano, pasar del ritmo trepidante del vivir actual, al “tempo” sosegado y no-hacer-nada de la primitividad mediterránea? El hechizo de estos parajes es su fugacidad. La novedad de una comarca deslumbra; perpetuarla en costumbre desvanecería el fulgor inicial.

Aun reconociendo la inmensa seducción del suelo griego y de los parajes yugoeslavos, o el encanto indecible de estos mares de ensueño, pienso que estaré mejor retornando al hoyo

secular, a la morada que me fue destinada. Desde allí me desplazaré mejor a horizontes animados y distintos. Me aguardan el Gran Padre Blanco, el sólito lugar de trabajo, la morada que santificaba la sonrisa de la Bien Amada.

79

Días grises, sin sol, o fríos y lluviosos: tormento para el viajero. Cuando el áureo disco regresa, todo renace. El sol es la gran alegría de Dios.

Un ala invisible bate el aire y esparce fina brisa. La envía Ella que nos acompaña y enaltece los mejores hallazgos. Secretos del íntimo sentir.

Ni el griego ni el yugoeslavo suenan melodiosos como las hablas itálicas o portuguesa. Tienen, ambos, algo de gutural, una rudeza inicial, aunque es posible que ésta sea una primera impresión del oído desacostumbrado a las dos lenguas, que a su vez tienen una extraña afinidad eufónica con el aimára.

¿El veraz Platón o el pérfido Ulises? Entre ambos extremos oscila el moderno heleno que puede alzarse a la nobleza apolínea de Cafaviz y al lirismo desgarrador del hombre de la Segunda Odisea, o descender a las trapacerías del comerciante ateniense o a la vilezas —también lo tenemos nosotros— del demagogo del Pireo. Difícil de concebir: hoy como ayer, la palabra “griego” pudo significar la suprema alteza del espíritu y el desmedro mayor.

Eslavo o yugoeslavo en la meseta altiplánica de Bolivia se divisa como una raza vigorosa, de rudeza primitiva, de salvaje energía, labrada por guerras, invasiones y catástrofes naturales. Sus islas, sus costas, sus tierras fértiles, empero, y sus gentes sanas y tranquilas revelan que también en ellas moran júbilo y poesía.

80

¿Viajar es, hoy, conocer? Dudoso. Dos semanas en Grecia, otras dos en Yugoslavia no bastan para aprehender ni la variada geografía ni el alma móvil de ambos pueblos. Recogimos impresiones fugaces superpuestas por la velocidad del traslado, acumulamos trances breves, cortas experiencias; no tuvimos tiempo de profundizar el conocimiento de las comarcas visitadas. Envidiamos al viajero del siglo XVIII que recorría morosamente, a caballo o en diligencia, los lugares anhelados, moviéndose sin premura, porque ese sí conoció; nosotros apenas entrevimos.

Antes se conocía el mundo país por país, ciudad por ciudad, camino por camino. Hoy el traslado aéreo lo esfuma todo: de aeropuerto a aeropuerto y la agitación vertiginosa del vivir contemporáneo sólo dejan horas, a veces minutos, cuando se quisiera ahondar en un sitio elegido.

81

En trasposición estética, en gama cromática, Grecia deja un fondo movable de blancos y azules. Yugoslavia de tonos verdes y auríferos.

82

En América, la del Sur, la naturaleza virgen suele abrumar y la vida en sus tierras interiores, lejos de las metrópolis, es plácida, interesa mucho porque hay mucho por hacer. En Europa y en el Cercano Oriente toda está realizado, la obra humana suele oscurecer a la naturaleza, o la aprovecha vorazmente. Ya nada se puede inventar, todo fue hecho.

En la cuenca mediterránea que se desdobra al Tirreno, al Jónico y al Egeo se tocan tres continentes. Acaso es el centro mayor de irradiación del mundo.

83

Del Egeo al Adriático o en cualquier punto del país mediterráneo brotan novedad, variedad, bellezas vivas y grandezas muertas. Paisajes ensoñadas. Febriles visiones que

acicatean las ideas. Remansos de perfección que invitan al reposo pero que también pueden disparate a una mayor actividad.

El mundo es bello aunque gire dolorido. Y Egeo, Adriático, claves de felicidad.

Búscalas.

La presente primera edición de "DEL EGEO AL ADRIÁTICO". Es propiedad del Editor Rolando Díez de Medina, © 2006. La Paz - Bolivia

[Inicio](#)